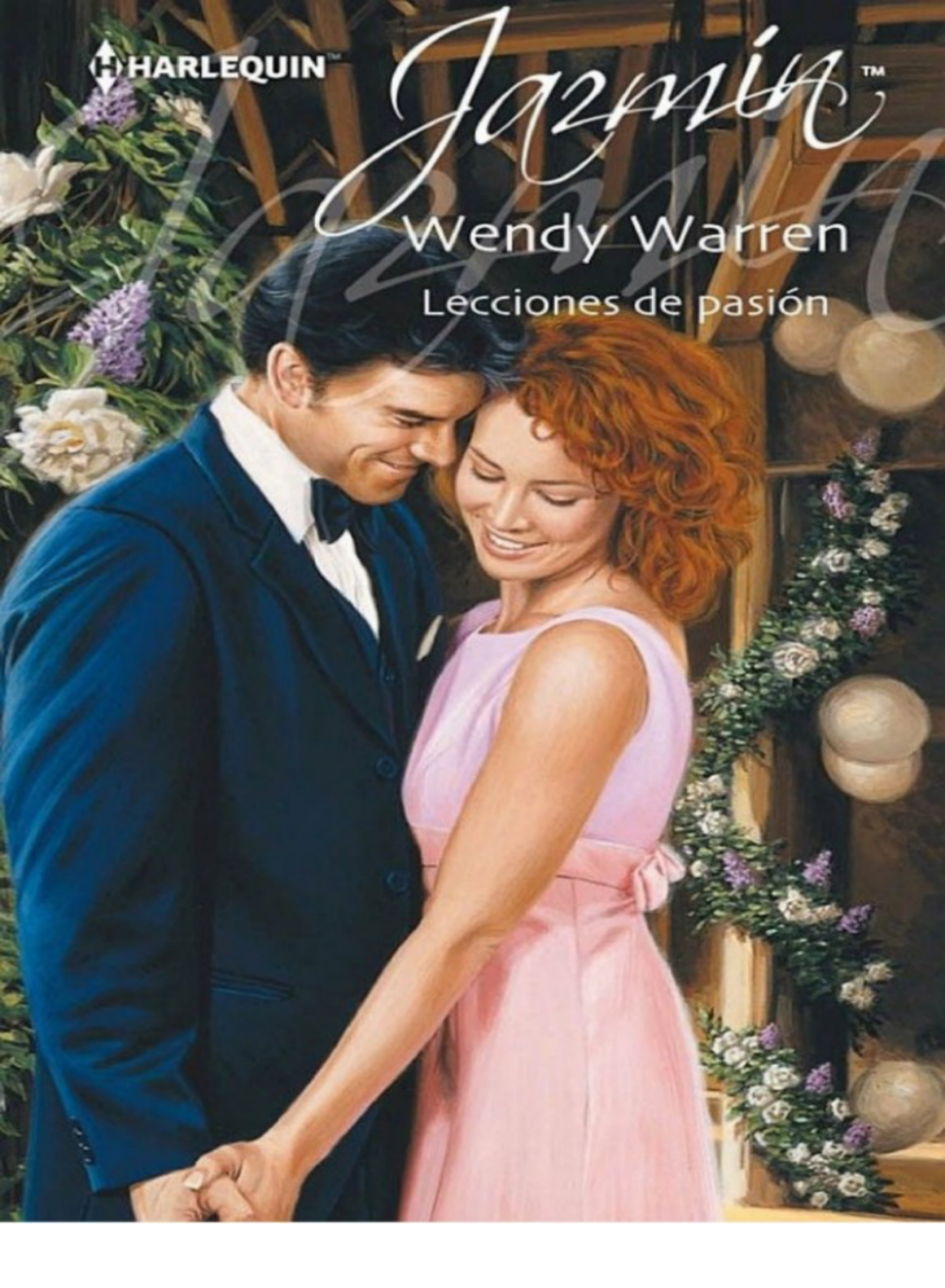

HARLEQUIN
Jazmín
Wendy Warren
Lecciones de pasión



Wendy Warren

Lecciones de pasión



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Lecciones de pasión, n.º 1747 - noviembre 2014
Título original: The Oldest Virgin in Oakdale
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-5577-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

OH, RALPH, eres tan guapo...! No, no me beses todavía. Quiero tocarte... ahí. ¡Sí! ¿Verdad que te gusta?

Eleanor canturreó suavemente mientras trabajaba con las manos el cuerpo de Ralph. Lo tocaba con una gran seguridad. Le gustaba lo que hacía, y tenía además mucha, mucha práctica.

–Dime algo, Ralph. ¿No es maravilloso?

Ralph giró hacia ella sus grandes ojos marrones y soltó un gemido.

–Te estás volviendo un hedonista –dijo Eleanor con una mueca mientras le daba un golpe seco y cariñoso–. Bueno, esto ya está. Pero podemos repetir mañana, guapo.

Eleanor esperó a que Ralph se estirara y luego lo ayudó a bajarse de la mesa antes de tomar el expediente que había traído consigo a la sala de curas. Sacó un bolígrafo del bolsillo superior de su bata, y en la casilla de «Diagnóstico» escribió: *Artritis. Tratamiento: masaje.*

Un golpecito en la puerta anunció la llegada de la ayudante de Eleanor, Chloe.

–¿Qué tal ha ido el masaje de Ralph?

Ambas miraron al animal, que torció la vista con un aire somnoliento en su cara de bull dog.

–Está mucho mejor. La señora Kaminsky quiere que le ponga cortisona, pero voy a convencerla de que no lo haga.

–Ven aquí, cariño –dijo Chloe mientras se acercaba a Ralph para colocarle una correa alrededor del cuello–. Es hora de irse a casa. La doctora Lippert tiene que ver a otros pacientes. Eleanor, tu próximo cliente está en la sala dos. Es una bóxer llamada Sadie. Quieren sacarle los ovarios.

–Gracias –dijo Eleanor dirigiéndose al lavabo para limpiarse las manos.

–La perrita es muy mona, pero no te pierdas al bombón que está al otro lado de la correa –continuó Chloe en voz baja mientras se dirigía a la puerta–. Desde luego no es de por aquí, o mi radar caza-monumentos ya lo hubiera detectado. Estamos hablando de un metro ochenta de perfección masculina. ¡El sueño de cualquier celestina!

Eleanor sintió que se le ponían de punta los nervios del estómago.

–¿Y cómo sabes que no está casado? –la retó, consciente de lo que vendría después si no le paraba los pies a Chloe en aquel instante–. Tal vez tiene cuatro hijos. O seguro que está prometido.

–Seguro que no –contestó Chloe sacudiendo su melena pelirroja–. Sus feromonas gritan: ¡estoy libre! Y si yo estuviera soltera, como algunas veterinarias de esta sala, ¿sabes lo que haría?

–Claro que lo sé –la interrumpió Eleanor sacando una toalla de papel del dispensador para secarse las manos–. Si estuvieras en mi lugar y fueras soltera, entrarías en la sala de curas y coquetearías con él. Por suerte, para la reputación de esta consulta, ni tú eres yo ni estás soltera.

Eleanor arrojó la toalla a la papelera, agarró el estetoscopio y se lo colocó alrededor del cuello.

–Es casi mediodía –continuó diciendo sin prestar atención al aire ofendido de Chloe–. ¿Por qué no sales a comer algo que te tranquilice, como una sopita… y un Valium?

–Muy bien. Bromea todo lo que quieras –respondió Chloe–. Pero no creo que tu vida social sea para tomársela a risa. Llevo trabajando aquí casi un año y medio, y no te he visto tener ni una sola cita en todo ese tiempo. Le dije a mi primo Frank que te llamara. Te dejó cuatro mensajes, y nunca le respondiste.

–Bueno, le pido disculpas –dijo Eleanor con aire compungido–. Estaba muy… muy ocupada.

–¿Hace cuánto que no tienes una cita? –preguntó Chloe entornando los ojos con escepticismo.

Eleanor trató de no parpadear. No quería tener aquella conversación. Llevaba todas las de perder. Aun así, levantó la barbilla y comenzó a hablar con firmeza.

–Chloe, esto es una clínica veterinaria, no un pub. Nuestros clientes esperan encontrar dignidad, atención y profesionalidad. Y eso es exactamente lo que vamos a proporcionarles –dijo dirigiéndose a la puerta–. Y ahora, por favor, tenemos un paciente esperando en la sala dos. Tratemos de centrarnos en el trabajo.

–Vámonos, Ralph –repuso Chloe sacudiendo la cabeza como si diera el caso por perdido–. Sabemos cuándo molestamos.

Su ayudante se encaminó con el bull dog por el pasillo, mientras Eleanor cerraba la puerta tras ella y se detenía un instante para tomar aire. Aquella situación se estaba repitiendo demasiadas veces últimamente. Chloe, sus padres, incluso la

señora Pierce, la de la tintorería. El otro día, la buena señora le había mostrado una chaqueta azul de entre las prendas que tenía en el mostrador.

–Es de un abogado –le había comentado señalándola–. Muy atractivo.

Eleanor se preguntó qué le pasaba a todo el mundo. Tenía solo veintiocho años, por el amor de Dios. No era demasiado mayor para estar soltera en el siglo XXI.

Se metió las manos en los bolsillos de la bata para comprobar que llevaba el material apropiado, se ajustó las gafas a la nariz y comenzó a caminar por el pasillo.

Al llegar a la entrada de la sala dos, se detuvo unos instantes para colocarse el pelo rubio color ceniza detrás de las orejas. Tal vez había descuidado algo su vida social. Pero tenía una carrera por la que preocuparse. Y además, era buena en su trabajo, eso nadie podía negarlo. Allí era donde más cómoda se sentía. Le daba la confianza que no encontraba en otros aspectos de la vida. Cuando ayudaba a los animales y a sus dueños, se sentía muy afortunada.

Sintiéndose mejor, Eleanor agarró el picaporte de la puerta y entró en la sala de curas con ánimo de conocer a sus clientes, al humano y al canino.

–Buenas tardes. Espero no haberlos hecho esperar demasiado. Soy la doctora Lippert y yo... yo...

Los ojos de Eleanor se agrandaron con sorpresa tras los cristales de las gafas. Se le secó la boca, y, al parecer, también el cerebro. Las palabras que iba a pronunciar salieron volando. Ella no tenía un «radar de monumentos» como Chloe, pero no le hacía falta para darse cuenta de que delante de ella, al lado de la camilla de acero en la que había subida una cachorrita de bóxer, estaba el hombre más atractivo que había visto jamás.

Tenía el pelo oscuro, tan negro como la tinta china y ligeramente ondulado, que enmarcaba un rostro que parecía sacado de la portada de una revista de cine. Las cejas, oscuras como la noche, enmarcaban unos ojos tan azules como una mañana de gloria, y aquella sonrisa... Un escalofrío le recorrió los brazos de arriba abajo. Lentamente, la sonrisa de Eleanor se volvió líquida y comenzó a fluir como un río perezoso, curvándose en un gesto demasiado íntimo para la ocasión.

Observó el expediente que llevaba en las manos, y se sacudió mentalmente la cabeza. Estaba mareada, sentía como si en lugar de cerebro tuviera una pantalla de televisión estropeada.

–Soy… soy la doctora… –comenzó a decir mientras se subía las gafas con un dedo, sin dejar de mirar el expediente que tenía entre las manos–. Bueno, Sadie, voy a dejarte estéril.

Eleanor se dio la vuelta y colocó los papeles encima de la mesa. Se metió las manos en los bolsillos de la bata, sacó una pluma, la dejó caer, se agachó a recogerla y se golpeó la cabeza con la esquina de la mesa.

–¿Se ha hecho usted daño? –dijo aquella voz masculina con preocupación.

–No, estoy bien –repuso Eleanor tocándose la frente–. Estoy bien.

Con la sonrisa congelada, se dirigió hacia su paciente evitando la mirada de aquel hombre. Levantó el estetoscopio y lo colocó en el pecho de la bóxer. Durante un instante que a ella le resultó interminable, no consiguió escuchar otra cosa que no fueran los fuertes latidos de su propio corazón. No era solo el aspecto de aquel hombre lo que la afectaba. Ni siquiera se trataba de su proverbial cautela en lo que se refería a los representantes del sexo masculino. Lo que la turbaba era el aura de aquel desconocido. Había en él algo misterioso, y que sin embargo le resultaba familiar.

Cuando sintió una mano golpeándole suavemente el hombro, estuvo a punto de darle un infarto.

–¿Sí? –dijo girándose para mirarlo con una sonrisa más falsa que un billete de tres dólares.

–¿Ha escuchado algo importante?

En aquella ocasión, la voz sonó a miel con ron. Y también francamente divertida.

–No, todavía no –replicó Eleanor tragando saliva.

Aquel hombre echó las manos por encima de su cuello. Instintivamente, ella se inclinó hacia atrás. Sin sospechar su desconcierto, él agarró los brazos del estetoscopio y se los colocó en las orejas, el sitio en el que deberían estar.

–¿Mejor así? –preguntó él alzando una ceja.

Eleanor se puso completamente roja, de la cabeza a los pies. Se sentía humillada, y estaba furiosa consigo misma, con aquel hombre y con Chloe. Frunció los labios y se concentró en el trabajo. Con una concentración que no daba pie a ninguna charla, escuchó el corazón de Sadie, la miró los ojos y le examinó el pelaje. Se negó a pronunciar ni una sola palabra más, y en ningún momento dirigió la mirada hacia aquel hombre mientras llevaba a cabo el examen.

–Su estado de salud general parece bueno –murmuró Eleanor en voz baja, sin mirarlo–. Pero está un poco delgada ¿Con qué la alimenta?

–Hamburguesas y patatas fritas. Pero sin ketchup.

–¿Está bromeando?

–¿Por qué? ¿Cree que le gustaría el ketchup?

Eleanor levantó finalmente la vista, y se encontró con que en aquellos ojos azules había un brillo de alegría. También sonreía abiertamente con los labios.

–Ya sabes cómo me gusta a mí el ketchup, «profe».

«Profe». Eleanor tuvo una sensación de *déjà vu* tan intensa, que la dejó mareada.

Solo una persona en el mundo la había llamado «profe» en toda su vida. Solo una persona en todo el planeta.

Parpadeando detrás de las gafas, Eleanor lo miró de frente. Luego bajó la vista al expediente y volvió a alzarla de nuevo. No podía ser él...

–¿Colvin?

La mano que estaba acariciando a Sadie se detuvo de inmediato.

–Hace doce años que nadie me llama Colvin... Eleanor Gertrude –dijo aquel hombre cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

A Eleanor le dio un vuelco el corazón. Era él. Colvin, o mejor dicho, Cole Sullivan.

–¿Cuándo has vuelto? –preguntó casi sin aliento.

–Hace un par de días –contestó él con expresión pícara–. ¿Me has echado de menos?

Impresionada, Eleanor solo pudo quedarse mirándolo fijamente. El corazón le latía acaloradamente. ¿Echarlo de menos? Hacía doce años que no lo veía. Si Cole Sullivan había pasado por Oakdale en algún momento después de su graduación, ella no se había enterado. Ni habían hablado, ni había sabido nada de él.

Pero aquello no era de extrañar. No se habían separado en términos muy amigables. Debería haberlo reconocido por la pequeña cicatriz que tenía en el mentón. Se la había hecho ella.

Él la pilló mirándola, y se pasó los dedos por aquella marca de doce años de antigüedad.

–¿Sabes?, todavía me duele.

–Te lo merecías –replicó Eleanor, soltando lo primero que se le vino a la cabeza.

Cole echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada, riéndose

con todo el cuerpo.

–Tienes razón, profe. Me lo merecía.

Eleanor sintió en su interior una oleada de sentimientos que no logró identificar, y tampoco quería hacerlo. Rápidamente, se dispuso a mirar el expediente de Sadie.

–Así que la has traído para vaciarla –dijo aclarándose la garganta.

Cole entornó los ojos y, cruzándose de brazos, se apoyó en la camilla mientras observaba a Eleanor detenidamente. No tenía ninguna prisa por contestar, como si estuviera decidiendo si aceptar o no aquel giro tan brusco de lo personal a lo profesional.

–Me encontré a la perra hace unos días en la carretera, cuando venía hacia aquí –dijo finalmente sin apartar la vista de Eleanor–. No tenía collar.

–Seguramente la abandonaron –murmuró ella mientras descubría unas cicatrices en el costado del animal.

–Y la maltrataron de paso –dijo Cole con aspereza pasando distraídamente la mano por la espalda del animal–. Encontré tu nombre en la guía. Eleanor Lippert, médico veterinario. ¿Es tuya la clínica?

–Sí.

–Estoy impresionado –dijo Cole con aprobación mientras asentía lentamente con la cabeza.

Un escalofrío de placer recorrió la espina dorsal de Eleanor, pero rechazó bruscamente aquella sensación.

–Puedo vaciar a Sadie esta tarde –dijo, obligándose a concentrarse en el trabajo–. Le pondremos anestesia general.

Eleanor escribió algo en el expediente, y se dio cuenta de que Cole había puesto Los Ángeles como su lugar de residencia permanente. ¿Sería allí donde había estado todos aquellos años?

–Entonces ¿no le va a doler?

Eleanor levantó la vista. La mano que había estado acariciando la espalda de Sadie estaba ahora colocada en su cabeza, y la perrita había acomodado la mandíbula sobre ella.

–No –contestó, sonriendo al ver su expresión de alivio–. Es una operación muy segura. Nos quedaremos con Sadie esta noche. Puedes recogerla mañana. Cerramos a las seis.

–¿Estás casada, Eleanor?

–Yo... yo... no.

–¿Vives con alguien?

Tras tres intentos fallidos, Eleanor consiguió colocar finalmente el bolígrafo en el bolsillo superior de la bata.

–¿Por qué lo preguntas? –logró decir tratando de aparentar naturalidad.

–Por precaución. Si salimos a cenar para recordar los viejos tiempos, ¿habrá alguien que pueda sentirse molesto?

Eleanor negó lentamente con la cabeza.

–Muy bien –asintió él–. Os recogeré a ti y a Sadie mañana a última hora.

–Bueno, yo...

–Pórtate bien con la doctora, Sadie –la interrumpió él acariciando a la perrita.

Cole pasó por delante de Eleanor y agarró el picaporte antes de volver la vista atrás para mirarla.

–Ya sé que estarás trabajando, pero trata de ser puntual –dijo mirándola con firmeza–. Cuando tengo hambre, puedo ser un auténtico demonio.

Capítulo 2

DESPUÉS de doce años conduciendo, a Eleanor nunca le habían puesto una multa, pero aquel día se saltó un stop yendo del trabajo a su casa.

Una vez dentro de su apartamento, dejó las llaves, el abrigo y la cartera encima de un taburete, la bolsa con comida china en la encimera de la cocina y, contrariamente a lo habitual, no le hizo ningún caso a su gato, Gus, que maulló protestando mientras ella iba derecha al armario del pasillo.

Eleanor abrió la puerta del armario y se puso de puntillas. Comenzó a sacar sombreros, guantes y demás complementos invernales, lanzándolos al suelo hasta que sus manos dieron con una caja de cartón situada al fondo del maletero. La bajó con cuidado al suelo y, tras revolver en ella, encontró lo que buscaba.

«Oakdale 1990». El libro de su graduación.

Todo el álbum olía a humedad. Sentada sobre los talones, Eleanor pasó el dedo por el polvo que cubría las letras doradas. El corazón le latía con fuerza. Abrió la tapa y comenzó a pasar las hojas rápidamente hasta que llegó a la página de los estudiantes cuyos apellidos comenzaban por «S». Y allí estaba: Sullivan, Colvin Orson.

Cole la miraba desde una foto en blanco y negro del tamaño de una bolsa de té, exactamente como lo recordaba.

–Cole –murmuró Eleanor paladeando el sonido de aquel nombre después de tantos años.

Sacudió la cabeza. Estaba claro por qué no lo había reconocido.

En el instituto, Cole llevaba el pelo cortado a lo militar, sin dar ninguna pista de los mechones de ébano tipo Sansón que lucía ahora. Por aquel entonces había sido además bastante delgado, con la complexión fibrosa típica de un adolescente, nada que ver con la musculatura en la que se había transformado su cuerpo.

Cole había acudido a ella para que lo ayudara con las clases durante su último año de instituto. Trabajaba por las noches en la misma fábrica empaquetadora que su padre. Cole se enfrentaba a retos que los demás estudiantes de Oakdale no podían ni imaginarse. Había mañanas en las que estaba tan cansado, que apenas podía mantenerse despierto en clase. Cuando llegaron los

exámenes de la primera evaluación, se dio cuenta de que corría el peligro de suspender matemáticas y ciencias, y por eso se acercó a Eleanor un día en el comedor de la escuela.

Ella estaba sentada con un grupo de compañeras que, al igual que ella, tenían más éxito como estudiantes que en la vida social.

–Necesito una beca para la universidad –le espetó Cole directamente con cierta brusquedad.

Se había colocado frente a ella, y Eleanor había estado a punto de atragantarse con el bocadillo. Él nunca había hablado con ella antes. Muy pocos chicos habían hablado con ella. No era exactamente que no fuera popular. Más bien era invisible.

–¿Cómo? –se las arregló para decir ella parpadeando tras las gafas.

Cole se colocó las manos en los bolsillos de su chaqueta azul, que dejaba al descubierto una camiseta blanca descolorida a fuerza de lavados.

–Necesito una beca –repitió sin apartar la vista de Eleanor, aunque ella sabía que sus amigas estaban también conteniendo la respiración–. Pero tengo que subir la nota en matemáticas y en ciencias. No puedo pagarte, pero el señor Howell dice que te subirá la nota en el examen final de física. ¿Quieres darme clases?

Eleanor trató de tragar el trozo de bocadillo que tenía en la boca, pero se atragantó de nuevo. Agarró un cartón de leche y se bebió todo el líquido que pudo.

–De acuerdo –dijo mientras colocaba el cartón de nuevo en la bandeja.

Aquella fue sin lugar a dudas la mejor decisión de toda su vida.

Un maullido lastimero de Gus atrajo su atención. Eleanor colocó con cuidado el libro en el suelo y abrazó al enorme gato naranja.

–¿Qué crees tú que ha estado haciendo todos estos años, Gus? –murmuró.

El gato comenzó a ronronear mientras utilizaba su barbilla para rascarse la nariz, y Eleanor exhaló un profundo suspiro.

Cole le había dado lo que nadie le había dado nunca. La oportunidad de verse a sí misma como alguien especial. Nunca olvidaría el día en que Cole colocó encima de la mesa el bolígrafo durante una de sus sesiones de estudio en la biblioteca, apoyó el codo sobre el pupitre y la miró fijamente mientras ella describía al detalle la transpiración de las plantas.

–Oye, profe –murmuró él con admiración disimulada, llamándola con el sobrenombre que le había puesto–. ¿Cómo es

que sabes tanto?

Apretando la nariz contra el pelaje de Gus, Eleanor cerró los ojos. Que Cole Sullivan la admirara había sido como estar en el cielo. Hasta que ella lo estropeó todo.

Gus soltó un maullido, alertando a Eleanor de que lo estaba abrazando con demasiada fuerza y su paciencia respecto a la cena estaba llegando a un límite.

Con el gato en brazos, Eleanor se puso de pie y caminó hasta la cocina, dejó a Gus en el suelo y le llenó el cuenco de comida.

–Me dejé llevar por la imaginación, Gus.

Y por culpa de aquello, vivió la mayor de las humillaciones.

Tras aquel momento con Cole en la biblioteca, Eleanor había comenzado a notar ciertas cosas. Cada mirada, cada sonrisa comenzaron a parecerle profundamente personales. Y Eleanor empezó a soñar despierta como nunca había hecho antes en toda su vida. De la noche a la mañana, la empollona se había convertido en una auténtica romántica.

Una tarde, cuando apenas faltaban tres semanas para el baile de fin de curso, Eleanor se encontró de pronto plantada delante del escaparate de la tienda de modas, como si hubiera llegado hasta allí por ósmosis. Miraba los vestidos de tafetán que había en el escaparate.

Sin saber cómo ni por qué, estaba de pronto dentro de la tienda, pagando la señal por un traje de color verde lima de tirantes.

–Las gardenias son el complemento perfecto para este vestido –le aconsejó la dependienta–. Dile a tu pareja que te las lleve.

«Su pareja». Eleanor asintió con la cabeza.

El hecho de que Cole no le hubiera preguntado si quería acompañarlo al baile no constituía en aquel momento ningún obstáculo.

Preocupado por los resultados de los exámenes finales, Cole no había prestado mucha atención al asunto. Cuando solo faltaba una semana para la gran noche, Eleanor comenzó a preocuparse. Así que, durante una de sus sesiones vespertinas de estudio, se armó de valor y sacó el tema lo mejor que pudo.

–Estoy pensando en el baile de fin de curso –dijo en apenas un susurro sin apartar la vista del libro que tenía delante.

–Yo también –contestó Cole entornando los ojos mientras se echaba para atrás en la silla–. ¿Qué tipo de flores les gustan a las chicas, profe?

El corazón de Eleanor comenzó a latir con fuerza, como si un

millón de pájaros estuvieran aleteando en su interior. ¡Se estaba haciendo realidad! No de la manera que ella había imaginado, bajo el olmo del jardín de la biblioteca, pero se estaba haciendo realidad.

–Gardenias –dijo con la ilusión corriendo por sus venas.

Aquella tarde pagaría el resto del dinero por aquel precioso vestido.

–Muy bien –dijo Cole estirándose–. Son de color blanco y, si no me equivoco, bastante caras. Pero tengo dinero ahorrado. Como me has alimentado con galletitas de chocolate, no he tenido que comprar almuerzo en las últimas semanas.

Eleanor se sonrojó. Empaquetaba esas galletas en su bolsa de la comida y las llevaba a la biblioteca los lunes, miércoles y viernes no porque le gustaran, ya que el chocolate le daba dolor de cabeza, sino porque sabía que a Cole le encantaban.

Cole se inclinó sobre el libro de texto.

–Así que gardenias. Espero que aciertes, profe, porque me da la impresión de que Sue Ann Corning es el tipo de chica a la que le gusta llevar muchos colores.

–¿Sue Ann Corning? –preguntó Eleanor con la sonrisa congelada.

–Se lo pedí ayer –dijo Cole asintiendo con la cabeza–. Me dijo que sí al instante.

Eleanor sintió que le faltaba el aire.

¿Sue Ann? ¿La misma que se pintaba las uñas en clase de historia, y que suspendió álgebra porque no sabía a qué hora empezaba la clase? Además, se había ganado toda una reputación en los cuatro años de instituto, y no precisamente por estudiosa.

–La semana pasada dijiste que habíamos trabajado duro y necesitábamos divertirnos, ¿te acuerdas? –continuó Cole sonriendo de oreja a oreja–. Y no se me ocurre nada más divertido que una cita con Sue Ann.

Eleanor sintió que el resto del cuerpo se le congelaba también, siguiendo el camino de su sonrisa.

Un segundo. Eso era todo lo que hacía falta para echar por tierra su sueño, como si fuera un pato salvaje abatido por un cazador. Estaba claro que a Cole le agradaba su compañía… cuando el objetivo era aprobar el curso. Cuando se trataba de tener una cita, no se le ocurría pensar en ella.

Eleanor sintió una oleada de frustración. Por primera vez desde el comienzo de su amistad, se sintió tan invisible a los ojos de Cole como ante el resto de los demás chicos. Solo que esta vez era peor.

La próxima vez que Cole Sullivan quisiera impresionar al comité de asignación de becas, podría pedirle a Sue Ann Corning que le explicara los aspectos más desconocidos de la genética molecular.

Eleanor entornó los ojos. Estaba a punto de llorar. Por primera vez en su vida, decidió no pensar. Agarró su libro *Neutrones en movimiento* y le lanzó el ejemplar a la cara. Por suerte, Cole andaba bien de reflejos, y consiguió esquivarlo. Solo lo golpeó en la barbilla.

–¡Por Dios, profe! –gritó Cole sin dar crédito, llevándose la mano al mentón–. ¿Qué intentas? ¿Matarme?

–Lo siento, no era mi intención darte en la barbilla. ¡Quería machacarte la cabeza!

Eleanor recogió rápidamente sus cosas y se dirigió a la puerta.

–¡Y no me llames profe! –le gritó antes de irse con los ojos anegados en lágrimas detrás de los cristales de las gafas.

Y con aquella orden suspendida en el aire, salió de la biblioteca.

Sentada en uno de los taburetes de la cocina, Eleanor puso las manos sobre la encimera y hundió la cara en ellas.

–¡No puedo creer que le dijera eso! –dijo mientras deslizaba las manos hacia su gato–. Tal vez te extrañe, Gus, pero tu dueña era bastante torpe cuando estaba en el instituto.

Podía ser que Gus no captara la ironía de semejante revelación, pero a ella no se le escapó. Doce años después, seguía sintiéndose como una boba cuando estaba cerca de un hombre atractivo. Eleanor soltó un suspiro, se sentó, y sacó de la bolsa un rollito de primavera que sumergió de malos modos en un recipiente con salsa agridulce.

Su relación con Cole no había vuelto a ser igual después de aquel día. Se había obligado a sí misma a olvidarse de él y a aprender de la experiencia. Y creía haber aprendido al menos a no confundir la fantasía con la realidad.

Si de verdad fuera inteligente, se quedaría en casa al día siguiente por la noche. Podría pasarse por la librería y hacerse con un ejemplar de *Diez cosas estúpidas que hacen las mujeres para poner su vida patas arriba,* acabar con los restos de comida china e irse a la cama pronto.

«Eso es lo que debería hacer», pensó cerrando con fuerza los ojos.

Pero no iba a hacerlo.

Se había comportado como una estúpida en la clínica aquella

mañana, tartamudeando y dejando caer las cosas.

–No puedo permitir que esa sea la impresión que se lleve de mí –murmuró, apretando con fuerza el rollito–. Seguro que se cree que todavía me gusta.

Eleanor miró fijamente a Gus, que la observaba con ojos críticos.

–No me mires así. Lo único que quiero es cerrar esa puerta de una vez por todas. Todavía me queda algo de dignidad.

Por desgracia, toda esa dignidad parecía haberse esfumado a las seis de la tarde del día siguiente.

Cole llegaría a la clínica en un cuarto de hora para recoger a Sadie y llevarla a ella a cenar, y Eleanor sabía que no podría enfrentarse a la situación.

Así que, sobre las seis y cinco, se echó atrás en la decisión que había tomado el día anterior y tomó una nueva: no iba a ir.

Diez minutos más tarde, después de haber hecho la ronda por las perreras, recogió sus cosas y se dirigió a la recepción.

–Me marcho, Chloe. El señor Sullivan llegará dentro de unos quince minutos para recoger a Sadie. Por favor, dale las medicinas para el tratamiento postoperatorio –dijo Eleanor mientras buscaba las llaves, evitando todo contacto visual con su ayudante–. Bueno, ya conoces la rutina, así que no me preocupo. Hasta luego.

Eleanor se encaminó hacia la puerta sonriendo a Chloe sin mirarla.

–Ah, por cierto –añadió fingiendo que acababa de recordar algo–. ¿Puedes decirle al señor Sullivan que lo siento mucho, pero que no puedo quedar con él esta noche? Me ha surgido un compromiso. Gracias. Te veré mañana.

–¡Espera un momento! –exclamó Chloe saliendo del mostrador para plantarse delante de Eleanor–. ¿Qué estas diciendo? ¿Tienes una cita con ese... ese «monumento» esta noche?

–Efectivamente, el señor Sullivan y yo teníamos planes, pero al final...

–¡No puedo creerme que no vayas a ir! –dijo su ayudante con la boca abierta.

–No tengo tiempo de explicártelo, Chloe –aseguró Eleanor mirando el reloj–. Simplemente dile al señor Sullivan que me olvidé de que tenía otros planes.

Solo le quedaban diez minutos para marcharse antes de que él llegara. Tenía que darse prisa.

Chloe cerró los ojos, sacudió la cabeza y se golpeó suavemente en la oreja, como si no hubiera oído bien.

–Debo haber entendido mal. Un hombre que es la prueba viviente de que Dios existe te pide que salgas con él, ¿y tú le dices que tienes «otros planes»? –preguntó su ayudante dibujando en el aire el signo de las comillas–. No me lo creo. Hoy es miércoles, la noche del rollito de primavera del chino. Por un día, te lo puedes saltar.

Eleanor sintió una oleada de calor golpeándole el rostro. Aquello era lo que ocurría cuando se les daba confianza a los empleados.

Sin escuchar más razonamientos de Chloe, Eleanor abandonó el edificio y se subió a su Toyota.

Cuarenta minutos más tarde, llegó a su casa con una bolsa de comida china que arrojó literalmente sobre la encimera de la cocina. Gus se subió a la encimera y comenzó a oler el contenido.

–Berenjena laqueada–lo informó Eleanor de mal humor–. Necesitamos un cambio.

Cada minuto que pasaba se ponía de peor humor. El dueño del restaurante chino la había saludado aquella noche de la manera acostumbrada, con una gran sonrisa y un poderoso: «Hola, rollito de primavera». Nunca la llamaba por su nombre, siempre se refería a ella por el plato del día.

El sentimiento de insatisfacción respecto a su vida no era propio de ella. Tenía veintiocho años, era dueña de su propia casa y tenía un trabajo maravilloso. Tenía vales de descuento en el restaurante chino y un gato al que le gustaban los rollitos de primavera. ¿Qué más podía pedir? A pesar de los comentarios de sus padres y de Chloe sobre su vida social, Eleanor no había estado descontenta hasta el día anterior. La reaparición de Cole Sullivan en su vida ya estaba causando estragos en su paz interior.

–Estoy encantada de no haber salido con él esta noche, de verdad que sí –le comentó a Gus–. Tú y yo vamos a pasar una velada estupenda: no puedo esperar a probar estas berenjenas picantes, y luego podemos poner el canal de documentales. Eso sería un cambio, ¿verdad? Ya verás. Lo vamos a pasar bomba.

Eleanor colocó la comida en una bandeja, y estaba a punto de llevarla a la mesita del salón cuando sonó el timbre de la puerta.

–La señora Grilley –dijo con una mueca.

Florence Grilley era su vecina y tenía ochenta y tres años. Su perro sufría de ácaros en las orejas, y Eleanor le había prometido llamarla aquella semana. Sabía que, en parte, lo que su vecina

necesitaba era algo de compañía.

Eleanor abrió la puerta con una gran sonrisa de disculpa dibujada en la cara.

–Supongo que debe creer que soy la persona más distraída del mundo –exclamó.

–Sí, se me ha pasado por la cabeza.

Eleanor se quedó congelada por la sorpresa.

Cole Sullivan estaba de pie en el umbral de su puerta, vestido con una chaqueta de sport, camisa color tostado y pantalones. Se había arreglado ligeramente el pelo en comparación con el día anterior, y sus oscuros mechones caían de una manera que daban ganas de hundir las manos en ellos.

Nunca había estado tan guapo.

Y ella nunca se había sentido tan torpe.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Eleanor.

–Eso mismo te pregunto yo –replicó Cole con ironía mirándola fijamente.

Capítulo 3

TENÍAMOS una cita a las seis y media –dijo Cole mirando el reloj.

Relajado, como si no le importara en absoluto mantener aquella conversación en la puerta de Eleanor, se apoyó en el quicio y se cruzó de brazos.

–Hacía años que no me dejaban plantado.

–Le dije a Chloe que te hiciera saber que...

–Ah, el «compromiso anterior». ¿Sabías que a Chloe le late el cuello cuando miente?

Cole alargó la mano hacia ella y la tocó con los dedos índice y corazón justo por debajo de la mandíbula.

–Exactamente ahí –dijo retirando la mano–. No ha podido evitarlo.

Hablaba con ironía, pero el color de sus ojos pasó del azul del Pacífico al tono tormenta.

–Le dije a Chloe que te comunicara que tenía planes porque los tenía –se defendió Eleanor mientras el aroma de las berenjenas laqueadas la delataba–. Tenía planes, pero... ahora no...

No había dicho una mentira desde que estaba en tercero y rompió el plato preferido de su padre. Entonces dijo que había sido el perro.

–Mis planes fueron cancelados –dijo en un hilo de voz.

–¿Los tuyos también? –preguntó Cole mientras le echaba un vistazo al salón–. Entonces, ¿puedo pasar?

Cole atravesó el umbral y pasó delante de ella sin esperar respuesta. Una vez dentro, examinó brevemente el pequeño apartamento de Eleanor. Cuando posó la vista sobre la mesita del salón, donde la esperaba su solitaria comida, ella se sonrojó.

Cole la miró y se percató del rubor de sus mejillas. Sintió una suerte de satisfacción ante su incomodidad. Sabía que aquello no estaba bien, pero no estaba acostumbrado a que lo dejaran plantado. No le gustaba.

Y lo que era peor: no le había dado plantón cualquier mujer, sino Eleanor Lippert.

Muchas cosas habían cambiado en los doce años que llevaba fuera de Oakdale, cambios superficiales como el paisaje de alrededor de Quinn Park y los nuevos comercios de California

Street. Pero otras cosas parecían seguir exactamente igual, y él esperaba, fuera justo o no, que Eleanor Lippert fuera una de esas cosas.

No había regresado a Oakdale por placer o porque hubiera sentido la necesidad de recorrer los senderos del recuerdo. Él no era un sentimental.

Cole paseó la vista primero por Eleanor, que parecía sentirse ciertamente incómoda, y luego por la comida que estaba en la mesa. Se pasó la mano por el cabello y sacudió la cabeza. Después de todo, a lo mejor era cierto que tenía un compromiso anterior.

–He interrumpido tu cena –dijo con brusquedad.

–¿Cómo has sabido dónde vivía?

Cole trató de no poner una mueca demasiado obvia. Eleanor no le había dado su número de teléfono, ni mucho menos su dirección. Él se había presentado sin invitación, invadiendo su intimidad. Debería batirse en retirada, pero en lugar de eso, Cole sintió cómo se le curvaban los labios en una sonrisa, la misma que utilizaba para encandilar a los Consejos de Administración a lo largo y ancho de todo el país.

–Coaccioné a tu ayudante. Estaba muy reacia –aseguró–. Tenemos dos formas de arreglar esto: una, puedo pedirte disculpas por presentarme así, marcharme, y cenar por mi cuenta. La segunda opción requiere más participación por tu parte. Yo me disculpo de todas maneras, pero tú te apiadas de mí, pones otro plato en la mesa y me invitas a compartir tu comida china.

–¿Dónde está Sadie?

–La he dejado en casa de camino. No te preocupes, tengo un ama de llaves que se encargará de ella. A Jasmine le encantan los perros.

¿Ama de llaves? Eleanor parpadeó. Cole había cambiado en muchos sentidos en los últimos años.

Cuando eran pequeños, todo el mundo sabía que Cole vivía en la «calle de los carniceros», una zona deprimida con casas que la empresa empaquetadora de carne cedía a sus empleados y sus familias. Circulaban historias terribles sobre la calle de los carniceros, de esas que los niños cuentan para guardar las distancias con sus compañeros menos afortunados. Se decía, por ejemplo, que todos los que vivían allí olían a carne podrida.

Pero nadie le iba a Cole con aquellas historias. Había un acuerdo tácito entre los compañeros con los que compartía el día a día para mostrar indiferencia ante el sitio al que regresaba cada noche. Para Eleanor, aquello era un error. Pasar por alto la

situación había hecho imposible prestarle ayuda cuando, por ejemplo, su ropa estaba demasiado lavada, o cuando aparecía exhausto tras trabajar por la noche en la fábrica.

Era difícil conciliar el recuerdo de aquel chico con el hombre que tenía ahora delante. Cole se había convertido en un hombre de mundo. Lo observó en silencio, su ancha musculatura cubierta por una chaqueta que parecía cosida especialmente para él.

Era sencillo imaginarse al Cole actual contratando los servicios de una joven hermosa, alguna «Jasmine» que anduviera alrededor de su cocina. Puede que Eleanor fuera ingenua, pero no había nacido ayer.

–De acuerdo, Eleanor, deja de fruncir el ceño –suspiró Cole–. Si tanto te preocupa, iré a buscarla.

–¿Por qué? –soltó ella sin poder evitarlo–. ¿A Jasmine no le gusta estar sola?

–¿Jasmine? –preguntó Cole, extrañado–. Estoy hablando de Sadie.

Eleanor hizo una mueca. Claro, Sadie. Aquello iba de mal en peor. Apenas dos días con él y ya iba directa hacia la estupidez.

–Sigues siendo la mujer más responsable de Oakdale –observó Cole sin darse cuenta de su turbación–. Algunas cosas nunca cambian.

Parecía que estuviera hablando de la bibliotecaria del pueblo: pulcra, constante y ordenada.

–Tampoco soy tan responsable –protestó ella.

Cole levantó una ceja. No dijo nada, pero sus labios se curvaron en claro escepticismo. No se lo creía.

Eleanor estaba furiosa. ¿Qué pensaba, que era totalmente predecible? ¿Que podía marcharse durante doce años y encontrársela exactamente igual a su regreso?

–Soy responsable en mi vida profesional, eso por supuesto –aseguró levantando la barbilla–. Pero no en la personal. En absoluto.

–Eso es terrible –dijo Cole curvando aún más los labios.

–Pues sí –reconoció ella–. Lo cierto es que soy demasiado impulsiva, y eso no es bueno.

–Dime –se interesó Cole poniéndose en jarras mientras se inclinaba hacia delante–. ¿Qué terribles locuras has llevado a cabo, Eleanor Gertrude?

¡Cómo desearía arrancar de su rostro aquella sonrisa paternalista! Le hubiera gustado encontrar algo en su vida realmente fuerte, pero lo que pudo encontrar en su mente más

parecido a una locura fue el recuerdo de aquel día que arrancó de una revista de la biblioteca un artículo sobre el mal de las vacas locas. Y se había sentido tan culpable, que regresó a los pocos días con tres dólares para que compraran otro ejemplar.

–Me tienes en vilo –murmuró Cole–. ¿Es algo tan grave como para llamar a la policía?

–Vamos a dejarlo –se rindió Eleanor haciéndole un gesto de invitación–. Venga, pasa.

Fingiendo que no era consciente de su burla, Eleanor entró en la cocina para sacar otro plato mientras Cole tomaba asiento en el salón. Alimentar a un hombre con comida china era algo sencillo, pero de pronto Eleanor sintió que estaba compitiendo con todas las mujeres que le habían servido la cena a Cole, y que lo habían hecho mejor.

La asaltó un pensamiento súbito: ¿qué hubiera pasado si ella y Cole se hubieran hecho pareja en el instituto? ¿Cuántas comidas habrían compartido? ¿Cuántos detalles de su vida cotidiana serían para ella tan familiares como los suyos propios?

Las cosas habrían sido muy diferentes si le hubiera pedido que la acompañara al baile de fin de curso.

–¿Te importa si me quito la corbata y la chaqueta? Llevo todo el día de reuniones.

Eleanor asintió con la cabeza.

Y lo observó.

Era imposible apartar la vista de sus hombros cuando se quitó la chaqueta. Había aprovechado bien el tiempo desde el instituto. Su cuerpo era mucho más ancho de lo que ella recordaba.

Cole se quitó la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa, dejando al descubierto el cuello y el comienzo de una suave mata de vello oscuro. La visión era hipnotizadora.

–¿Y a qué te dedicas? –preguntó ella, sorprendida al verlo fruncir el ceño ante una pregunta tan inocente–. Como has dicho que llevas todo el día reunido...

–Así es. Pero lo último de lo que me gustaría hablar es de negocios –dijo sonriendo–. Hace doce años que no te veo, profe. Tenemos que ponernos al día en muchas cosas.

Eleanor sintió que se sonrojaba de la cabeza a los pies...

–Contarnos cosas sobre nuestro trabajo es una manera de ponernos al día –se aventuró a decir.

Y desde luego, mucho más seguro para ella que hablar de su vida amorosa.

–Tengo negocios –respondió finalmente Cole tras dudar unos

instantes–. Nada interesante.

–¿Qué tipo de negocios?

–Es un tema muy aburrido, Eleanor –insistió entornando los ojos–. Adquiero los negocios de otros. Es algo complicado.

Lo que Cole no entendía era que ella encontrara interesante cualquier cosa relacionada con él.

–¿Has encontrado en Oakdale alguna empresa que te interese?

Había a las afueras de la ciudad un par de fábricas, pero nada que justificara un viaje desde Los Ángeles para adquirirlas.

–Estamos todavía negociando –contestó finalmente Cole tras demorarse una vez más en responder–. Pero sí, hay una empresa que me interesa. Así que me quedaré por aquí algún tiempo.

«Maravilloso», pensó Eleanor mientras observa con detenimiento el dorso de sus manos, doradas por el sol de California. Tenía las uñas limpias y cuidadas, como si se hubiera hecho la manicura. Nada que ver con el aspecto de sus dedos cuando era adolescente. Pero a pesar de su pulcritud, seguían siendo unas manos muy masculinas.

Eleanor nunca había sido dueña de sus pensamientos en lo que se refería a Cole Sullivan. El último día en la biblioteca, había salido corriendo y se había escondido detrás del edificio para intentar dejar de llorar antes de entrar en la siguiente clase. En aquel momento, se juró a sí misma que iba a cambiar. Se olvidaría de las matemáticas y la física: aprendería algo más útil; por ejemplo, ser más seductora, más sensual, más coqueta. Y la próxima vez que se enamorara de alguien, estaría preparada.

Pero si hubiera sabido que iba a hacer falta tanto tiempo para conseguirlo, hubiera pedido que la congelaran durante la espera.

–¡Cuidado! Lo vas a derramar...

Cole, que se había levantado para ayudarla en la cocina, alzó el cuello de la botella de soda justo a tiempo de evitar que Eleanor llenara demasiado los vasos que estaba sirviendo.

–¿Estás bien, profe?

Profe. Aquel había sido el único apodo que había tenido en su vida, y le había encantado. Hasta el último día.

Se apostaba lo que fuera a que las mujeres con las que salía Cole tenían apodos del tipo «gatita» o «conejita», nombres alusivos a criaturas pequeñas y tiernas, y no a una profesora de álgebra.

¿Alguien podía imaginarse murmurando susurros sensuales a una profe?

–Comamos –dijo Eleanor colocando un par de cucharas en la mesa.

Antes de sentarse, Cole le echó un vistazo al periódico local que estaba encima de uno de los taburetes de la cocina.

–¡Ah, el periódico del pueblo! –comentó bromeando–. Siempre a la vanguardia de la información. ¿Cuál es el titular del día? «Fallece monja a la edad de ochenta y nueve años: la hermana Marguerite Beatrice falleció en paz el domingo pasado».

–¿Cómo?

Eleanor le arrebató prácticamente el periódico de las manos y comenzó a leer en voz baja el artículo moviendo los labios.

–¡Oh, no! –murmuró primero y gritó después–. ¡Oh, no! No puede ser. Creo que me voy a marear.

–Está bien, profe. Respira hondo –dijo Cole colocándose inmediatamente a su lado–. ¿Era amiga tuya? Lo siento, profe. Venga, aspira aire profundamente.

Eleanor siguió sus instrucciones, y su cuerpo emitió una especie de gemido parecido a las notas de un violín. Se frotó la cara llena de lágrimas con las manos.

–¿Quieres hablar de ello? –preguntó Cole pasándole una servilleta–. Tal vez te sientas mejor.

Eleanor lo miró mientras se sonaba la nariz con el papel. Aspiró con fuerza el aire y se armó de valor para comenzar a hablar.

–La hermana Marguerite ha muerto, y eso significa que… significa que…

–Venga, profe, ¿qué significa?

Eleanor hizo tres intentos antes de conseguirlo, pero cuando finalmente logró pronunciar palabra, sonó como si de pronto hubiera entrado en erupción un volcán dormido.

–Que soy la virgen más mayor de Oakdale.

Capítulo 4

NO PODÍA haber dicho lo que él pensaba que había dicho.

Impactado, Cole permaneció inmóvil mientras Eleanor retomaba el llanto.

¿Eleanor, virgen? Era difícil creer que alguien a sus años pudiera seguir siendo tan inocente, incluso en Oakdale. Cole se pasó la mano por el cabello y soltó una palabrota en voz baja. Aquello era demasiado para una sola noche.

Consolar a la gente no era su fuerte. Se le daba mejor encandilar, intimidar y manipular. Aquellas eran las capacidades que había desarrollado desde la última vez que vio a Eleanor.

Sin saber qué hacer, extendió un brazo sin mucha convicción y lo colocó en la espalda de su antigua compañera. La profe y él se habían llevado muy bien en el instituto, pero apenas se habían rozado. Esperaba que sus sollozos disminuyeran, por eso lo pilló de sorpresa la reacción de Eleanor: se dio la vuelta y le echó los brazos en un acto reflejo.

Cole la abrazó con suavidad.

Eleanor era alta, mediría cerca de un metro setenta, pero desprendía un aire de fragilidad. Tenía los brazos, las piernas y los dedos de una finura que Cole siempre había admirado. Recordó cómo se fijaba en la manera que tenía de agarrar el bolígrafo con la mano cuando estudiaban. Ella solía fruncir ligeramente el ceño cuando escribía. Recordaba sus pecas y aquel cabello de color caramelo.

Cole le acarició el pelo. Lo seguía llevando liso y flotando sobre los hombros. Una media sonrisa le iluminó el rostro. Su cabello también era virgen: sin laca ni espuma, solo la suavidad sedosa de las cosas auténticas y un olor a colonia de bebé.

–Tienes un pelo muy bonito, profe –murmuró.

Los hipidos cesaron bruscamente. Cole sonrió y continuó abrazándola.

Era un pensamiento egoísta, pero le había gustado volver a casa y encontrarse con que ella seguía sola. Aquella reacción lo había sorprendido. Nunca había salido con mujeres del tipo de Eleanor, y en lo último que pensaba en aquel momento era en tener una aventura. Su intención era ocuparse de los negocios que

lo habían llevado hasta Oakdale y marcharse de la ciudad lo antes posible.

La mancha de humedad de su camisa, provocada por las lágrimas de Eleanor, había ido en aumento. Ella tenía la nariz hundida en la base de su cuello.

–¿Estás bien ahí? –preguntó Cole con una sonrisa.

Ella asintió sin levantar la cabeza, pero echó ligeramente el cuerpo para atrás, como si hubiera caído en la cuenta de que estaba apoyando todo el peso sobre él.

–No deberías ver esto como un problema –dijo Cole mientras Eleanor se quitaba las gafas para secarse los ojos.

–¿Problema? Llámalo mejor desastre –replicó ella colocándose las lentes de nuevo–. Tengo veintiocho años.

–Pero habrás tenido algún novio en todo este tiempo, ¿no? –preguntó Cole observándola–. O al menos habrás salido con alguien.

Eleanor decidió que si ya había llegado hasta aquel punto, no había por qué esconder la verdad.

–Salí con un chico cuando estaba en la universidad –admitió encogiéndose de hombros–. Pero no cuenta. Quedamos tres veces y no trató ni siquiera de besarme.

–Profe, lo primero que deberías saber sobre los besos es que no hay que esperar a que te los den –dijo él sacudiendo la cabeza–. A veces, al hombre le gusta que la mujer dé el primer paso.

Cole pasó suavemente los nudillos por el cuello de Eleanor. Cuando llegó a la altura del rostro, se detuvo.

–Puedes encontrar algo mejor que ese novio –le susurró–. Estoy seguro.

Cole se inclinó sobre ella, o al menos esa fue la impresión que tuvo. En cualquier caso, Eleanor sintió un anhelo en su interior que le resultó extraño.

¿Por qué no era el cortejo materia de estudio, como la física o las matemáticas? Ella era una estudiante excelente. Si hubiera un libro de texto sobre el romance básico, tal vez podría atravesar la distancia entre lo que tenía y lo que le gustaría tener.

De pronto, la solución al problema que se le acababa de plantear apareció ante sus ojos tan claro como el agua. Los recuerdos de su relación con Cole habían brotado de su memoria en los dos últimos días, pero había habido un momento que se le había escapado hasta entonces, una promesa que él le había hecho.

–Tú podrías ayudarme –murmuró Eleanor–. Creo que

funcionaría.

–¿De qué hablas? –preguntó Cole mirándola de reojo, como si supiera de antemano que no le iba a gustar lo que iba a oír.

Ella lo miró parpadeando. La idea que se le había ocurrido no era de las que estaba dispuesta a asumir sin problemas. Y por eso le resultaba más atractiva.

–La única forma de aprender algo es estudiando a fondo –dijo Eleanor mientras su idea crecía en su interior como una bola de nieve–. Tú pensabas que no podrías aprobar química y pediste ayuda. «Mi» ayuda. ¿Y te acuerdas de lo que me dijiste cuando sacaste un diez?

–Han pasado doce años, Eleanor –replicó Cole encogiéndose de hombros.

–Lo sé. Y yo probablemente tampoco me acordaría si no fuera por la promesa que me hiciste –insistió ella aspirando con fuerza el aire–. Y espero que puedas cumplirla.

Una parte de ella deseaba hacer como que nada había ocurrido, volver a la mesa, acabar la comida china y fingir que su vida seguía siendo la misma cuando Cole se marchara de la ciudad. Pero sabía que aquello sería una gran mentira. Doce años atrás, él había cambiado su mundo, llenando de sueños y de esperanza el corazón de una adolescente torpe. Ahora era demasiado mayor para aquellas fantasías, pero era consciente de que la reaparición de Cole había encendido algo en su interior una vez más. Y en esta ocasión, aquel «algo» era una especie de descontento con su modo de vida. Su presencia había borrado de un plumazo la ficción de que estaba bien como estaba. Tenía veintiocho años y ni siquiera la habían besado como Dios manda. ¿Cómo iba a seguir fingiendo que estaba contenta? Quería amor. Quería pasión. Y no quería esperar ni un segundo más.

–Eleanor, si prometí hacerte un favor, no hay ningún problema. Pero refréscame la memoria.

–Cuando aprobaste los exámenes finales, dijiste que habías conseguido la beca para la universidad gracias a mí. Y dijiste que me debías una –dijo Eleanor respirando con dificultad–. Y que me la devolverías cuando yo quisiera, y donde quisiera.

–Ahora me acuerdo –contestó Cole con una sonrisa nostálgica dibujada en los labios–. Bueno, dispara. ¿Qué puedo hacer por ti?

Eleanor se mordió los labios. Aquello ya estaba casi hecho, él ya había dicho que sí. Solo tenía que decirlo. Posó suavemente los dedos sobre su brazo como una mariposa dispuesta a emprender de nuevo el vuelo al menor signo de peligro.

–Cole... –murmuró con sonrisa esperanzada–. ¿Querrías darme clases de amor?

Capítulo 5

LA SONRISA de Cole desapareció inmediatamente de su rostro.

–Perdona, creo que no te he entendido bien –dijo inclinándose hacia Eleanor para que ella pudiera hablarle directamente al oído–. ¿Qué me has pedido?

Eleanor se agarró a la esquina de la encimera de la cocina.

–Que seas mi profesor –repitió levantando la barbilla–. Igual que yo lo fui tuya. Quiero estudiar a los hombres, aprender de ellos, y tú eres un hombre; así que es una proposición lógica.

Su vida amorosa había sufrido un brusco parón años atrás por culpa de Cole. Era estupendo que estuviera él ahora ahí para cerrar el círculo. Ella no conocía a muchos hombres, y no iba a pedírselo a un extraño. Así que, si Cole estaba dispuesto… ¿qué mejor manera de atajar el problema que ir directamente a su raíz? Si consiguiera estar relajada con Cole en una situación romántica, entonces podría estar relajada con cualquiera.

Cole alargó el brazo y le colocó con suma delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Eleanor, me halaga que creas que tengo algo que ofrecerte –dijo sacudiendo la cabeza–. Pero me estás pidiendo un imposible.

Una oleada de decepción amenazó con atravesarla, pero Eleanor se negó a dejarla pasar.

–No te llevaría mucho tiempo –dijo tratando de que no se notara que se sentía rechazada–. Puede que no tenga experiencia, pero leo muchos libros, y no soy una ignorante. Además, me debes un favor.

Aquello no era lo que Cole esperaba de aquella noche. Recordó cómo se sentía cuando estaba con Eleanor. Solo había una palabra para describirlo: plenitud. Se sentía lleno, como si fuera de una pieza, y no un conjunto de muchas partes, que era la sensación que había tenido después en otras relaciones.

Por desgracia, no se había dado cuenta de los sentimientos de Eleanor hacia él hasta que le arrojó aquel libro a la barbilla. Él la había herido en aquel entonces. Después de aquello, se había sentido demasiado avergonzada o demasiado furiosa como para hablar con él, y Cole la había echado mucho de menos: a ella, a sus conversaciones, y a la manera en que se le resbalaban las gafas

hacia la punta de la nariz cuando se reía. Había sido muy desconsiderado, y le hubiera gustado arreglar las cosas, invitarla al baile y regalarle una habitación entera llena de gardenias.

Pero había resistido el impulso, y estaba orgulloso de sí mismo por haberse mantenido en su sitio. Eleanor era muy inteligente, pero parecía no darse cuenta de una cosa: él no era lo suficientemente bueno para ella. Ni entonces ni ahora.

Cole extendió la mano y tomó una de las de Eleanor encima de la encimera. Examinó sus dedos, tan delicados, y sacudió la cabeza. Protegerla era el mejor favor que podía hacerle.

–Eleanor –comenzó a decir, buscando en su cabeza las palabras adecuadas–. El sexo no es materia de un examen, no te lo puedes estudiar. La mujer necesita un componente emocional para practicarlo. Este punto es especialmente importante cuando se trata de la primera vez.

Eleanor tenía los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrojadas. Estaba claro que la había convencido.

–Me halaga que me lo hayas pedido, no puedes imaginarte cuánto –dijo con sonrisa tranquilizadora mientras le acariciaba el dorso de la mano–. Pero algún día tendrás la relación que mereces, y entonces te alegrarás de haber esperado.

Cole asintió con la cabeza como para sí mismo. Por primera vez en su vida, se sentía como un auténtico caballero.

Eleanor sintió una oleada de calor en las mejillas, al principio leve y luego como una llamarada cuando cayó en la cuenta de lo que Cole estaba diciendo. Parpadeó con fuerza detrás de las gafas.

–¿Crees…? –comenzó a decir sin poder apenas articular palabra–. ¿De verdad crees que te estoy pidiendo que… que te acuestes conmigo?

Cole frunció el ceño. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Eleanor retiró la mano de la suya.

–¿Estás loco? ¿Cómo puedes haber pensado semejante cosa? –dijo golpeándole el pecho con un dedo–. Nunca se me ocurriría pedirle a nadie una cosa así. ¿Crees que estoy tan desesperada, que mi situación es tan patética que tengo que alquilar un amante?

–¡Espera un momento! –protestó Cole, desconcertado–. Yo no he dicho que pensara que me ibas a pagar. Creí que me estabas pidiendo un favor…

–¡No quiero acostarme contigo! Esa sería la mayor estupidez de mi vida. Aunque fueras el último hombre sobre la tierra, yo no…

–Vale, ya lo he captado –la interrumpió Cole levantando la mano para detenerla–. Entonces, ¿qué diablos me estabas

pidiendo?

–Quiero que me enseñes a seducir, solo a seducir para que me sienta más cómoda con los hombres. Eso es todo. De la parte sexual ya me encargaré yo –dijo golpeando suavemente la encimera para subrayar sus palabras–. A solas y sin necesidad de ser «paciente», gracias por el consejo.

–Creo que comienzo a entenderlo –se aventuró a decir Cole tras una larga pausa–. ¿Quieres que te enseñe a seducir para que puedas acostarte con otro?

–Suena extraño dicho de esa manera, pero sí –dijo finalmente Eleanor aguantándole la mirada–. Llevo sola mucho tiempo. Me gustaría tener una relación seria mientras todavía pueda caminar. Y tengo muy claro que tú puedes ayudarme.

Cole salió de la cocina y comenzó a recorrer a grandes pasos el salón.

–No sé de dónde has sacado esa idea tan descabellada, pero olvídala.

–¿Y el favor que me debes? Pero bueno, lo entiendo –comenzó a decir Eleanor, utilizando artimañas desconocidas para ella hasta entonces–. Supongo que no puedes sentirte responsable por algo que prometiste hace tantos años, en un momento en el que estabas extremadamente agradecido.

–Si doy mi palabra, la mantengo –aseguró Cole acercándose a la mesa y agarrando un rollito de primavera–. Normalmente. Y sí, te debo un favor, pero no este. Me quedaré por aquí un mes o dos, así que pídeme otra cosa. Admítelo, profe. Lo que me pides es una locura.

–Es tiempo suficiente –replicó Eleanor–. En la universidad aprendí a tratar enfermedades tropicales contagiosas en un semestre. Creo que puedo aprender a seducir en dos meses. Necesito ayuda, Cole, y tú eres el que mejor puede ayudarme.

Por no decir el único. Pero Eleanor no quería mostrar todas sus cartas. En realidad, su objetivo al iniciar aquella conversación había sido salir airosa, hacerle ver que no era tan predecible como él pensaba, alguien con quien simplemente se estaba a gusto. Así había empezado todo, pero cuanto más pensaba en la idea de las clases, mejor le parecía.

–Enséñame lo que sabes.

Cole la miró fijamente, sintiendo una oleada de frustración que no había experimentado en años. No le gustaba la idea de remodelar a Eleanor. No le gustaba en absoluto. ¿Enseñarle lo que sabía? Él sabía manipular, controlar. Había aprendido a

experimentar la satisfacción de sentirse poderoso.

Pero no era algo que quisiera enseñarle a ella. No quería instruirla en las artes del artificio. Aquella idea se instaló dentro de él como el picante de las berenjenas chinas.

–Necesito un vaso de agua –dijo dirigiendo la vista fijamente hacia el lavabo.

Eleanor fue a buscárselo, y Cole observó de reojo sus movimientos. Eran gráciles y naturales. Eleanor tenía algo de etéreo. Cole cayó en la cuenta de que nunca se había preguntado si era guapa o no, era aquella gracia natural lo que lo había conquistado desde el principio. Se trataba de un encanto que trascendía lo meramente físico, estaba en su manera de ser.

Cuando había comenzado a estudiar con ella, no estaba muy seguro de si lograría convertirse en universitario, pero quería comprobarlo. Necesitaba demostrar que podía llegar más lejos de lo que los demás creían. Por aquel entonces, solo Eleanor había confiado en él.

Ella regresó con el vaso de agua, y Cole dio un largo sorbo sin dejar de mirarla. ¿Habría sospechado ella en algún momento de qué manera cambió su vida?

Cole se había sentido durante la mayor parte de su adolescencia como un pez fuera del agua, hasta que comenzó a compartir su tiempo con ella. A partir de entonces, se sintió a gusto en su propia piel.

¿No era lo mismo lo que Eleanor buscaba ahora? Ella quería encajar, sentirse aceptada y querida. No podía culparla por ello, pero sabía de sobra que estaba tomando el camino equivocado. Tal vez ella no era consciente, pero no era el tipo de mujer capaz de practicar sexo sin estar enamorada.

Eleanor lo miró en aquel momento y lo pilló observándola. Una línea vertical se dibujó en el espacio que había entre sus cejas. Cole le dirigió una sonrisa tranquilizadora, sorprendido por la necesidad que sentía de borrar aquella línea de preocupación. Cuando lo consiguió, sintió que se le hinchaba el pecho con una suerte de arrogancia masculina.

–¿Te gustaría casarte algún día, profe?

–Sí –contestó ella arrastrando las palabras–. Y me gustaría tener hijos. Aunque a este paso voy a llevar bastón antes de que nazca el primero. ¿Y tú? –preguntó mirándolo con interés a través de los cristales de las gafas.

Se le borró la sonrisa del rostro, pero Cole contestó con tanta naturalidad como ella. Había hablado de aquel asunto muchas

veces con otras mujeres, y ya se sentía capaz de ser sincero sin sentirse culpable por ello.

–No, yo no quiero tener hijos. No soy un tipo familiar –dijo apoyándose contra la encimera–. Soy egocéntrico, impaciente, e insoportable por las mañanas. Estoy siempre viajando y, cuando estoy en casa, me gusta ser el amo del mando a distancia. Soy un egoísta redomado, pero al menos soy sincero. Procuro salir solo con mujeres que también carezcan de instinto maternal. Y desde luego prefiero las relaciones que tengan la puerta de salida tan grande como la de entrada. Yo no me casaré nunca, profe.

Tras la sorpresa inicial, Eleanor dibujó un profundo ceño entre sus cejas. Parecía confusa y herida tras aquel discurso y, para su propia sorpresa, Cole sintió la súbita necesidad de renegar de sus palabras. Pero no lo hizo. No quería mentir.

En aquel preciso instante, Cole cayó en la cuenta de algo que casi lo dejó sin respiración. Hasta aquel día, se había enfrentado a los momentos más duros apoyándose en la admiración que Eleanor sentía por él. Si tenía algún asunto de negocios espinoso, la imagen de ella aparecía en su cabeza, tal y como la recordaba de los tiempos del instituto: valorándolo y animándolo sin poner jamás en duda sus capacidades. Cole no había sido consciente hasta ahora de la importancia de aquel apoyo incondicional.

–Y en cuanto al favor... –dijo sin previo aviso–, he decidido que voy a ayudarte, porque tienes razón en dos cosas: por un lado, te lo debo, y por otro, hay un montón de cosas que tienes que aprender antes de tener una relación seria. Pero quiero que quede clara una cosa: yo soy el experto, y aquí mando yo. Si quieres pensártelo un par de días...

–Cuanto antes empecemos, mejor –replicó Eleanor–. Sobre todo si al final te quedas solo un mes. Cumplo veintinueve años en septiembre, y no quiero soplar las velas sola.

Capítulo 6

A ELEANOR le hubiera gustado tragarse aquellas palabras cuando dos noches después abrió la puerta de la taberna en Bend, una localidad cercana. El ambiente del bar era oscuro y cargado de humo. Por alguna misteriosa razón que ignoraba, Cole había insistido en que se encontraran allí para su primera lección: el coqueteo.

–Arréglate como lo harías para una cita, siéntate en el bar y espérame –le había dicho él–. Y si se te presenta la oportunidad de ligar, adelante.

A la derecha del local estaban las mesas, protegidas de las miradas indiscretas por paneles de madera. Y a la izquierda había una barra de bar con taburetes altos. Dos mujeres charlaban pertrechadas detrás de sus copas, pero la mayoría eran hombres. O más bien machos, del tipo Cromagnon.

Tenían todos el pelo largo, y parecían más acostumbrados a las motos que a los coches familiares. Eleanor no había visto tanto cuero junto desde que una vez visitara el stand de curtidos en una feria de pueblo. Estiró los hombros y se mordió los labios temblorosos. ¿Dónde se había metido Cole? Él era el profesor, y ella la novicia, y la había arrojado en aquel ambiente cargado de testosterona. Eleanor tenía los nervios como cuerdas de guitarra demasiado tensas.

Empezaba a arrepentirse de toda aquella historia. Cole le había dicho que se arreglara, y ella lo había hecho lo mejor que sabía, optando por una falda de seda azul marino y una blusa a juego en un tono más pálido, una indumentaria muy distinta a la de las otras dos mujeres presentes en el bar, que iban embutidas en pantalones extraordinariamente ceñidos y camisetas ajustadas.

La idea de que Cole se convirtiera en su tutor le había parecido brillante cuando se le ocurrió. Por un lado, la ayudaba a recordar que Cole era un amigo y nada más. Y por otro, una vez que estaba dispuesta a aceptar que nunca tendría una relación sentimental con él, no tenía nada que perder practicando a su lado el arte de la seducción.

Pero ahora, mientras contemplaba la fila de asientos de cuero, comenzaba a sospechar que su brillante idea tenía algunos cabos

sin atar. No hubiera tenido las agallas de seguir adelante con el plan si Cole no hubiera insistido tanto en que estaba bien como estaba. O sea, que era dulce, predecible... y aburrida. La amiga de todos y la novia de nadie.

Y así seguiría otros treinta años si no superaba sus miedos. Sintiéndose motivada, Eleanor levantó la barbilla, aspiró el aire con fuerza y se dirigió a un taburete vacío.

–Disculpe, señor, ¿está ocupado este asiento? –dijo tan bajo, que tuvo que repetir la frase para que el Terminator que estaba a su lado la entendiera.

Aquel espécimen, calvo por arriba pero con el resto del pelo rubio recogido en una coleta, la miró con desinterés y se encogió de hombros.

–Muchas gracias.

Aquello no era tan terrible. Eleanor se sentó en el taburete sin saber qué hacer con el bolso mientras el Increíble Hulk la miraba de reojo.

–¿Qué le pongo?

El camarero llegó en aquel momento, sin tomarse la molestia de sonreír mientras esperaba la respuesta de Eleanor.

–Veamos –dijo ella mirando las botellas del bar–. ¿Cuántas variedades de soda tienen?

–¿Variedades de soda? Tenemos la normal –contestó el camarero tras una pausa de incredulidad.

–¿No tienen ninguna italiana?

El camarero cruzó una mirada cómplice con el Terminator.

–Tomaré un refresco, entonces –dijo Eleanor mientras apretaba inconscientemente el bolso con fuerza.

Su vecino de la coleta soltó un gruñido y se dio la vuelta para concentrarse en su cerveza. El camarero sacudió la cabeza, y se alejó unos pasos para mezclar en la coctelera algunos ingredientes que Eleanor no alcanzó a distinguir. Luego le sirvió el combinado con mucho hielo.

–Es el refresco especial de la casa –dijo el hombre antes de marcharse a servir a otros clientes–. Que lo disfrute.

Escondido al fondo de la barra, Cole se golpeó la frente con la palma de la mano y sacudió la cabeza.

Aquello era peor de lo que había imaginado.

Había citado a Eleanor a las seis y media porque sabía que un viernes a aquella hora el bar estaría lleno de ejemplares del

paleolítico cuya testosterona flotaría por el aire con más fluidez que su conversación.

Con aquel método, Cole pretendía que Eleanor se sintiera lo suficientemente intimidada como para aceptar la idea de que lo que necesitaba era un hombre responsable, serio y conservador con el que pasar el resto de su vida.

Cole levantó la cabeza y observó a su vieja amiga. Su plan parecía estar dando resultado. Rígida, sentada entre dos hombres más anchos que el BMW de Cole, Eleanor agarraba el bolso con una mano mientras que con la otra sujetaba su bebida infantil. Iba vestida de una manera que no estaba mal... para los años cincuenta. Y en cuanto al tema de la seducción...

En aquellos instantes, Eleanor parecía estar teniendo una interesante conversación con el techo del bar.

Ninguno de los dos hombres sentados a su lado le estaba prestando la más mínima atención. Cole sintió deseos de darles una patada en la espalda por ignorarla de aquella manera. Pobre chiquilla. Estaba dando golpecitos con la suela de sus mocasines sobre el suelo, tratando de mantener la sonrisa, y parecía más que desgraciada: parecía una desgraciada tratando de aparentar que no lo era.

Cole le dio un último sorbo a su cerveza y se bajó del taburete. Se dirigió a la puerta e hizo como si acabara de entrar. Le pasó el brazo por la espalda a Eleanor y se abrió un hueco entre ella y el hombre que estaba a su derecha. Luego se acodó en la barra y contempló la expresión de cándida sorpresa de su amiga.

–Así que aquí estás, muñeca –exclamó en tono seductor–. No te había visto desde... mediodía –dijo haciendo ostentación de su Rolex–. ¿Me has echado de menos?

Estaban tan cerca, que sus labios parecían a punto de rozarse. Aquella mirada de deseo en los ojos de Cole daba la impresión de acortar todavía más la distancia entre ellos.

Eleanor estuvo a punto de caerse del taburete. Su refresco se derramó por la barra.

Cole le tomó el vaso de las manos, en ese momento temblorosas.

–Veo que has decidido esperar para tomar los mojitos –exclamó observando el contenido del vaso–. Bien pensado.

Cole le dirigió una mirada de complicidad masculina a su vecino de barra, que observaba la escena con interés.

–La última vez que este pichoncito comenzó a beber antes de la cena, no pudimos sacarla de la terraza hasta pasada la

medianoche. No sabes cómo baila salsa –dijo señalando a Eleanor con el dedo–. Y esta vez no te desnudes hasta que estemos en casa, ¿de acuerdo, guindilla?

Estirándose, Cole ayudó a Eleanor a bajarse del taburete, un gesto absolutamente necesario, ya que parecía estar completamente paralizada.

–Gracias por cuidar un rato de esta fierecilla –dijo dejando unos billetes al camarero, que observaba atónito con la boca abierta–. Nos vemos.

Cole guió a Eleanor en silencio a través de la penumbra. Cuando llegaron a la calle, ella lo miró de frente, tratando varias veces de decir algo, pero parecía incapaz de articular palabra.

–¿Por qué lo has hecho? –dijo finalmente.

Cole no quería montar una escena en la puerta del bar, así que la tomó del brazo y la llevó camino del coche.

–Lo siento –dijo con sinceridad.

–¿Que lo sientes? –respondió ella desplegando los brazos como si fueran alas–. ¡No digas que lo sientes! ¡Ha sido maravilloso! ¿Te has fijado en la cara del camarero? ¡Y cuando me has llamado fierecilla...!

–¿Te ha gustado el bar? –preguntó Cole, deteniéndose en medio de la calle, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

–No, me ha gustado la expresión de sus caras –lo corrigió ella sin dejar de brincar, ajena al hecho de que él se hubiera parado–. Creo que me tomaría un mojito. Y si hay una terraza disponible, a lo mejor también me desnudo.

Cole soltó una palabrota mientras una pareja de mediana edad le lanzaba a Eleanor una mirada de reproche al cruzarse con ella. Apretó el paso para alcanzarla y la guió hacia el coche.

–¿Has bailado alguna vez en una terraza? –le preguntó ella con franca curiosidad–. ¿Desnudo, o con ropa?.

–Últimamente no –murmuró mientras abría la puerta del coche–. ¿Qué te ha echado el camarero en el refresco?

–No sé, algo muy dulce –contestó Eleanor–. ¿Dónde vamos?

–A mi casa. Quiero echarle un vistazo a Sadie. Podemos cenar allí y charlar.

«Una charla tranquila y amistosa», añadió para sus adentros.

–Charlar... –murmuró ella– Está bien.

Eleanor encendió sin dudarlo la radio del coche. Una emisora pop llenó el coche de música a todo volumen. Encantada, Eleanor golpeaba el bolso con los dedos y movía la cabeza siguiendo el ritmo.

–Cole –preguntó ingenuamente cuando habían doblado la esquina–. ¿Tu casa tiene terraza?

Cole estuvo a punto de tragarse un coche de policía.

Eleanor se quedó con la boca abierta cuando enfilaron hacia el sendero de una grandiosa propiedad construida al estilo de Nueva Orleans. Estaban en la zona más exclusiva del centro de Bend.

¿Colvin Sullivan vivía allí?

Mientras recorrían el camino, Eleanor cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo se ganaba la vida.

–¿La has alquilado? –preguntó torciendo el cuello para mirar por la ventana.

La mansión tenía balcones de hierro forjado en las dos plantas. Una luz dorada se asomaba por una de las ventanas del piso de abajo.

–No –contestó Cole parando el motor del coche–. Es mía.

–Pero tú vives en California –dijo Eleanor, desconcertada.

–Efectivamente –asintió él bajándose del coche–. ¿Entramos?

Eleanor caminó a su lado hasta la puerta principal. Al entrar, escucharon unos ladridos nerviosos. Sadie, bastante recuperada de su operación, salió a recibirlos resbalando por el suelo de madera brillante.

Cuando la perrita la reconoció, comenzó a mover la cola, pero se le notaba que lo que de verdad la hacía feliz era ver a su amo.

–Parece que te quiere mucho –comentó Eleanor mientras Cole se ponía de rodillas para acariciarla y el animal le lamía la cara–. Desde luego, eso es amor. Tienes suerte. Muchos perros abandonados tardan en adaptarse a sus nuevos dueños, pero tú y Sadie...

–Sígueme –la interrumpió Cole poniéndose de pie–. Te enseñaré la casa.

Y se dirigió al pasillo sin esperar respuesta.

Durante un instante, Sadie pareció tan perpleja como ella ante aquel cambio tan brusco. Pero la perra se recuperó antes del impacto, y fue rápidamente tras su amo mientras Eleanor los seguía con paso más lento. ¿Qué era lo que había dicho para provocar aquella retirada tan obvia?

Cole iba encendiendo a su paso las luces, mostrándole a Eleanor una preciosa escalera labrada en madera de roble y guiándola después hacia la cocina y el área del comedor. Todas las habitaciones de la planta de abajo estaban pintadas en un tono

amarillo suave. Los suelos, acanalados y barnizados, las molduras del techo y las vidrieras de cristal de las puertas conferían a las habitaciones una gran elegancia.

–Es preciosa –dijo Eleanor recorriendo con el dedo la mesa de madera maciza del comedor–. Yo sigo con el mismo sofá que tenía en la universidad. ¿Has elegido tú los muebles?

–No –contestó Cole mirando el interior del horno–. ¿Te gusta el guiso de pollo?

–¿Quién lo ha preparado? –preguntó ella, sorprendiéndose al instante de su mala educación.

–Mi ama de llaves –contestó Cole sacando una botella de vino blanco del frigorífico.

–Claro. Jasmine.

Eleanor pensó que sería mejor mantener la boca cerrada lo que quedaba de noche. Aquello no era asunto suyo. Y qué si tenía un ama de llaves llamada Jasmine que se paseaba en bikini y además sabía cocinar. La última vez que Eleanor había intentado preparar una comida había sido una experiencia similar a prenderle fuego a un laboratorio.

–¿Quieres vino? –preguntó Cole descorchando la botella.

–¿Puede ser champán?

–Claro. ¿Lo bebes a menudo? –se interesó Cole mirándola como si no la creyera.

La última vez había sido hacía tres años, para celebrar la graduación de su hermano Teddy. Pero se apostaba lo que fuera a que una mujer llamada Jasmine no bebía otra cosa que no fuera Dom Perignon.

–Tomo una copita de vez en cuando –mintió Eleanor–. Es una bebida tan alegre, *n'est-ce pas?*

–*Mais oui* –replicó Cole con una sonrisa en los labios mientras sacaba dos copas del armario y servía el champán–. Vamos, *mon amie*. Te enseñaré el resto de la casa mientras se calienta la cena.

Recorrieron todas las habitaciones capitaneados por Sadie.

–Este es el salón… creo –iba diciendo Cole, tratando de identificar las estancias–. Y puede que esto sea el estudio.

Eleanor se percató de que los muebles eran exquisitos, algunos de ellos antiguos, pero no parecían pertenecer a nadie. No había fotos familiares que enriquecieran las mesas, ni estanterías con libros. Nada que pudiera identificar aquello como la casa de Cole.

–Es una preciosidad –dijo tratando de no derramar la copa mientras subían al piso de arriba–. ¿Cuándo la compraste?

–Hace cinco años.

¿Cinco años? A Eleanor le surgieron un sinfín de preguntas. Él solo tenía dos años más que ella. Cinco años atrás, habría tenido veinticinco. ¿Cómo podía haberse costeado semejante casa? ¿Y para qué la quería? Una mansión de esas magnitudes podría albergar sin problemas a una familia entera.

–¿Has venido por aquí de vez en cuando? Yo pensé que…

–Sólo he regresado dos veces. Una de ellas para comprar la casa –dijo mientras abría una puerta y se echaba hacia atrás para dejarla pasar–. Esta es la habitación de invitados.

–Vaya –murmuró Eleanor, molesta por el cambio de tema–. Es diferente al resto de la casa. La decoración es más rústica, más masculina. Me gusta.

–Gracias. Esta iba a ser en principio mi habitación –dijo apagando la luz y mostrándole el baño.

–¿Cómo que tu habitación? –inquirió ella–. ¿No es el cuarto de invitados?

Por lo general, Eleanor era lo suficientemente educada como para no preguntar cuestiones personales. Pero ya durante el instituto, Cole tenía puesta una barrera de protección, como si hubiera preguntas que no deberían siquiera planteársele.

–¿Y por qué comprar una casa como esta si no vas a vivir en ella? –insistió–. ¿O estabas pensando en compartirla con alguien?

–No la compré para mí, sino para mis padres –contestó Cole secamente.

–Dijiste que habías regresado dos veces –reflexionó Eleanor mirándolo fijamente–. Una para comprar la casa, ¿y la otra?

Cole la observó en silencio mientras daba un sorbo a su copa.

–La siguiente vez vine al funeral de mi madre.

–Lo siento –acertó a decir ella sintiéndose culpable–. ¿Qué le pasó?

–Su corazón se rindió –contestó Cole con una sonrisa amarga–. Acababa de cumplir cuarenta y cuatro años.

–¿Tenía problemas cardíacos? –preguntó Eleanor, recordando que la madre de Cole aparentaba mucha más edad de la que tenía.

–Tenía problemas de todo tipo –contestó escuetamente él, con rabia mal disimulada.

–¿Y tu padre vive aquí? –insistió ella.

–No.

Eleanor podría haberlo dejado ahí. Estaba claro que eso era lo que Cole quería. Pero algo la hizo continuar.

–¿Y por qué conservas una casa en la que no vive nadie?

–La tengo como un recordatorio de lo que he conseguido.

Aquello tenía sentido. Pero Eleanor seguía percibiendo un deje de amargura en sus palabras.

–¿A quién quieres recordárselo?

–Muy astuta –replicó Cole levantando la copa para brindar antes de dar un sorbo–. Quiero recordárselo a mi padre. Pero esta no es una conversación agradable para antes de cenar. Ven. Te enseñaré la parte de arriba.

Eleanor apretó los dientes con frustración. Nunca había escuchado a Cole hablar con aquel cinismo. Le sorprendía descubrir que tenía tanto rencor acumulado. Lo siguió lentamente a través del pasillo. Lo cierto era que conocía muy poco a Cole Sullivan. No tenía ni idea de quién lo habría consolado cuando murió su madre. Tendría que haber alguien, algún amigo o amiga en quien refugiarse ante los golpes de la vida.

–Este es el dormitorio principal –comentó Cole, como si la conversación anterior no hubiera existido jamás.

Eleanor soltó un suspiro. La habitación era enorme y estaba maravillosamente decorada, igual que el resto de la casa. Pero aquel cuarto en concreto ofrecía además la sensación de ser como un refugio confortable.

–¿Sabes?, en el instituto te lancé varias indirectas para que me invitaras a tu casa –dijo ella sin asomo de vergüenza mientras contemplaba el magnífico tocador de caoba–. ¿Lo sabías?

–Lo siento –replicó Cole acercándose a ella–. Nunca invité a nadie. Pero si lo hubiera hecho, desde luego habría sido a ti.

Aquella información era nueva para ella. Eleanor se sintió extrañamente reconfortada.

–Ya. Eso se lo dirás a todas tus tutoras –dijo bromeando mientras apuraba otro sorbo de su copa.

–No hay más tutoras. Nunca he confiado en nadie tanto como en ti –aseguró Cole con un brillo especial en los ojos–. En cualquier caso, estás aquí. Y esta casa es mucho mejor que la otra.

El hecho de estar en la habitación de Cole le reveló algunos detalles pequeños pero significativos. En la mesilla de noche había un libro con un par de gafas de lectura sobre la tapa. La otra mesilla estaba completamente vacía, dando a entender que, al menos durante su estancia en la ciudad, dormía solo.

Eleanor le dirigió una mirada a la cama de matrimonio y durante unos instantes vio la imagen de Cole con el pecho desnudo y aquellos hombros tan anchos descansando contra la almohada...

–Tal vez deberíamos beber con más calma –comentó Cole en aquel momento–. Te estás poniendo colorada.

Eleanor sonrió con timidez, como si le hubieran leído el pensamiento. Y no supo si fueron imaginaciones suyas, pero tuvo la impresión de que Cole se colocaba algo más cerca de ella.

–Tienes una sonrisa muy bonita, profe. ¿No te lo habían dicho nunca?

Eleanor negó con la cabeza.

–¿De veras? –contestó él con el ceño fruncido mientras le pasaba el dedo pulgar por los labios–. Tienes una sonrisa libre, sincera. Siempre me ha gustado. Y también tienes unos ojos muy bonitos.

El corazón de Eleanor latía con fuerza dentro del pecho. Estaba hipnotizada, se sentía incapaz de moverse.

–¿Por qué me dices esas cosas? –acertó a decir tragando saliva.

–Son cosas que deberías saber, profe. Cuando una mujer sabe lo que un hombre encuentra atractiva en ella, tiene un cierto poder sobre él.

–¿Y cómo lo sabré? –preguntó ella en un susurro–. ¿Cómo sabré qué le gusta de mí?

–Ya lo aprenderás –contestó Cole, llenando de electricidad el estrecho espacio que había entre ellos–. Es algo instintivo. Si pudieras liberarte aquí y ahora de tus inhibiciones, entenderías lo que quiero decir. Es como los pájaros: cuando empiezan el cortejo, muestran sus encantos al otro, juegan, le dan a su pareja lo que saben que está esperando, cantan, bailan… y cuando llega el momento de unirse, se desean tanto que nada puede impedir que…

Eleanor se lanzó sobre Cole. Le arrojó sus largos brazos por el cuello, derramándole el vino por la espalda mientras lo golpeaba sin querer en el hombro con el bolso. Así y todo, sus labios inexpertos alcanzaron el objetivo.

Capítulo 7

ELEANOR lo besó de la única manera que sabía hacerlo: con sinceridad. Carente de técnica, se apoyó en el entusiasmo y en una pasión acumulada durante doce años.

La abstinencia tenía la virtud de aumentar el deseo, y Eleanor se dio cuenta de que quería algo más que el contacto de sus labios. Se moría por hundir los dedos en aquel cabello de ébano, por sentir sus manos sobre ella y que los labios de Cole la recorrieran. Lo sentía fuerte y musculoso entre sus brazos. Era una sensación desconocida, aterradora y maravillosa.

Cuando finalmente se apartó, estaba casi sin respiración y tenía los ojos muy abiertos. Se sentía entusiasmada, porque por primera vez tenía ganas de expresar sus sentimientos, en lugar de ocultarlos.

Cole se aflojó la corbata. Parecía estar tan confundido como ella. Se aclaró la garganta antes de hablar, pero aun así le salió la voz ronca.

–Bueno, yo no me refería exactamente a esto, pero...

La sonrisa se desvaneció del rostro de Eleanor. Cole aspiró con fuerza el aire y bebió otro sorbo de su copa para tranquilizarse.

–¿No era esto? –preguntó ella con un hilo de voz.

–No, pero aprendes muy rápido –contestó él pasándose la mano por el cuello–. No creo que necesites mi ayuda en absoluto.

Eleanor bajó la vista. Cole seguía sujetando la copa con una mano, pero la otra estaba libre, igual que había estado mientras se besaban. Él no la había abrazado, ni siquiera la había tocado.

Cole no hizo ningún amago de acercarse a ella. Parecía más confundido que entregado.

Una oleada de vergüenza creció en el interior de Eleanor como si fuera un torrente de lava. Él no estaba hablando de ellos dos. Cuando le contó la historia de los pájaros, estaba hablando de eso, de pájaros.

Eleanor dio un gran sorbo a su copa, obligándose a poner en orden sus pensamientos.

–Bueno –dijo con media sonrisa cuando consiguió recobrarse–. Ha sido una analogía muy bonita la de los pájaros. De verdad. Me ha aclarado mucho las cosas. Y no hay nada como un ejercicio

práctico para fijar los conceptos en la cabeza, ¿verdad? –reflexionó mientras miraba el reloj–. ¿Qué hora es? ¡Dios mío! Las ocho y cuarto pasadas... No me extraña que esté tan cansada. Mañana tengo quirófano, así que voy a meterme en la cama... a dormir.

–¿Y qué pasa con la cena?

–¿Cenar? No, no podría... he estado picando toda la tarde. Es un vicio terrible –dijo dando un último sorbo–. Gracias por el champán... y por la clase.

Con las piernas temblorosas, Eleanor pasó por delante de él y se dirigió a la puerta.

–Ya que estás tan convencida de marcharte, yo te llevo. Tu coche está en el bar –dijo Cole interrumpiéndole el paso antes de que alcanzara el pasillo y sin darle opción a protestar–. Nunca me ha costado tanto conseguir llevar a una mujer a cenar.

Más tarde, ya entrada la noche, Cole se sentó en el porche de su casa contemplando las estrellas mientras se fumaba su primer cigarrillo después de cuatro años. Era un vicio pernicioso que había conseguido dejar, pero aquella noche necesitaba el sabor del tabaco.

Se había encontrado el guiso de pollo hecho cenizas cuando había regresado a casa. Cole había optado por sustituir la cena por un cigarrillo y una cerveza fría.

Dio una calada larga y recibió el humo en sus pulmones. Le parecía extraño haber dejado de fumar en Los Ángeles, donde incluso el aire libre era letal, y volver a la nicotina en aquel ambiente tan puro, donde las estrellas parecían luces de Navidad.

Echando el humo en dirección a la media luna, Cole pensó que tal vez la pureza era el problema. La pureza física no casaba con el estado de su alma. Y a él no le gustaban las incongruencias. Tanto en los negocios como en la vida, las piezas del puzzle tenían que encajar perfectamente.

Y Eleanor no encajaba en su puzzle. Pero entonces, ¿por qué le había costado tanto mantener las distancias, y no abrazarla y devolverle el beso?

Cole le dio un sorbo a su cerveza y contempló a Sadie, que descansaba a sus pies. ¿Qué diría Eleanor cuando supiera que no tenía intenciones de quedarse con la perra, que iba a entregársela a una familia de Los Ángeles cuando regresara?

–Es mejor así –le dijo a la perra mientras le rascaba detrás de las orejas–. Yo nunca estoy en casa, y además no te gustaría vivir

conmigo. No se me dan bien las mascotas.

«Y tampoco tengo sentimientos», pensó Cole. Al menos, ninguno que implicara la habilidad de cuidar de otro ser vivo.

Cole le dio otra calada al cigarro.

Para ocuparse de alguien, lo primero que había que hacer era no pensar en uno mismo todo el rato, y él colocaba siempre sus propios sentimientos en primer lugar. Si quería algo, iba a por ello sin dudarlo y sin pensar en los obstáculos ni en las consecuencias. Esa era la razón por la que Eleanor no encajaba en su puzzle.

Cole soltó una palabrota y apagó el cigarrillo con el tacón. Ya tenía ganas de fumarse otro.

El beso de Eleanor le había hecho daño por su inocencia. Eleanor Lippert seguía siendo la mujer más dulce que había conocido, y la más deseable que había visto desde hacía tiempo. Había mentido cuando le dijo que no necesitaba clases. Sí que las necesitaba. Y para su infinita sorpresa, quería ser él quien se las impartiera.

Aquella noche, antes de ir a su casa, había sentido deseos de estrecharla con fuerza entre sus brazos, reír con ella cuando bailaba por la calle. Aquellos impulsos eran desconocidos para él. Cuando estaba con Eleanor, olvidaba momentáneamente por qué había vuelto a casa. Pero desgraciadamente, no podía permitirse aquellos ataques de amnesia. Estaba demasiado cerca de su objetivo como para despistarse. Había esperado durante años, casi toda una vida, para lograr aquella victoria, aunque conseguirla ennegreciera aún más su alma. Pero no podía dejarse influir por la opinión que Eleanor pudiera tener sobre sus asuntos de negocio. No podía permitirse que le importara.

Cole había crecido bajo el yugo de un padre cuyo carácter habría hecho parecer a Atila, rey de los Hunos, un diplomático. Jack Sullivan había exigido una lealtad tal, que la propia personalidad de Cole y por supuesto sus intereses eran considerados irrelevantes. Peor que eso: Jack había visto la inteligencia de su hijo como una amenaza.

Cole le había ocultado a su familia el hecho de que estuviera recibiendo clases particulares, y sus deseos de conseguir una beca y estudiar empresariales. Su padre se lo hubiera impedido.

Al contrario que la mayoría de los padres, Jack Sullivan pensaba que lo que era suficientemente bueno para él también tenía que serlo para su hijo. Cole había crecido sintiéndose culpable por tener sus propios sueños y esperanzas. Al principio había luchado contra ello, pero se había dado cuenta de que su

madre estaba muchas veces en medio de sus frustraciones y la ira de su padre, así que aprendió a disimular mientras que los demás niños manifestaban sin tapujos sus aptitudes e intereses. Había sido una carga muy pesada, pero Cole aprendió a jugar con las normas de Jack, y sobrevivió.

Mirando a través del tiempo, Cole sintió que la ira y la tensión resurgían en su interior como cuando era niño. Durante muchos años, su único objetivo había sido amasar más dinero del que Jack podría haber soñado con ver en toda su vida.

Y lo había logrado. Según los papeles, era más rico que la mayoría de los hombres que le triplicaban la edad. Pero no se veía el final. Ya no tenía control sobre el rencor que había acumulado durante tantos años, cuando él y Mary, su madre, estaban a merced de Jack.

Así que había decidido que, si el dinero no funcionaba, tal vez sí lo hiciese la venganza. Lo que ahora lo motivaba era el deseo de vengar la muerte de su madre, una muerte causada por Jack y la fábrica de conservas cárnicas.

La falta de sensibilidad de la fábrica hacia las necesidades de los trabajadores, por un lado, y la ceguera de su padre para todo lo que no le interesaba ver, habían acabado primero con la alegría de su madre y después con su salud. Al menos, Cole estaba entonces en posición de hacerlos pagar a ambos por su negligencia, aun sabiendo que al llevar a cabo su plan de venganza iba a hacer daño a gente inocente.

Cole escuchó el sonido de la cola de Sadie golpeando contra el suelo del porche, y resistió la tentación de prestarle atención. Era mejor que no se encariñara con ella. Y si tuviera algo de sentido común, haría el mismo esfuerzo por mantenerse alejado de Eleanor.

Cole cerró los ojos y apretó con fuerza la barandilla del porche. No podía alejarse de ella, al menos no por el momento. Le había dado su palabra de que la ayudaría.

¿Y por qué no pasar todo el tiempo que pudiese en compañía de la única persona que lo hacía sentirse seguro? Pronto se acabaría todo. Ella ya no querría su ayuda ni estar con él cuando averiguara la verdad: que había regresado a Oakdale para destruir a su propio padre.

Eleanor soltó un gruñido cuando sonó el teléfono a las nueve de la mañana del domingo.

La tarrina de helado y el paquete de galletas que había cenado la noche anterior le habían provocado una sobredosis de azúcar que la mantenía metida en la cama. El teléfono seguía sonando. Se trataría probablemente de sus padres o de su hermano Teddy tratando de arrastrarla a alguno de los desayunos familiares que celebraban de vez en cuando en alguna cafetería. La idea de unas tortitas bañadas en sirope y crema estuvo a punto de hacerla vomitar.

Eleanor sacó una mano de debajo de la almohada y se acercó el auricular a la oreja.

–Si es para desayunar, paso. Ayer cené una tarrina entera de helado y estoy llena. Diles a papá y a mamá que luego me paso a verlos, Teddy.

–¿Sigues llamando Teddy a tu hermano? Vaya. ¿Cuántos años tiene ya Theodore?

–Veintiséis –respondió Eleanor levantando la cabeza de la almohada–. ¿Quién es? ¿Cole?

–Veintiséis –respondió Cole dando un suspiro–. Hay que ver cómo pasa el tiempo.

Eleanor se incorporó en la cama, esperando a que él dijera algo más.

–¿Y por qué cenaste una tarrina de helado?

Mientras jugaba con el cordel del teléfono, Eleanor sintió que se le ponían de punta los nervios del estómago.

–Tenía hambre.

No había dejado de preguntarse cómo volvería a dirigirse a Cole después de haberlo besado. La noche anterior, entre el helado y las galletas, había decidido que estaba demasiado avergonzada para volver a hablar con él nunca más.

–¿Estás lo suficientemente recobrada como para otra clase?

–¿Hoy? –preguntó Eleanor a regañadientes–. Hoy no puedo. Tengo... tengo que... bañar al gato.

Se hizo una breve pausa.

–Creía que los gatos se lavaban ellos solos.

–Bueno, sí, normalmente sí, pero Gus es un vago. Y tiene pulgas –dijo Eleanor saltando de la cama.

–Venga, profe. Solo voy a estar aquí un mes –replicó Cole dando un suspiro–. Aprovéchate de mi experiencia mientras puedas. Recuerda, tienes mucho que aprender.

–Pensé que habías dicho que no necesitaba clases –se defendió Eleanor mientras se ponía la bata–. Además, he estado pensando en el contenido de estas lecciones, y creo que tal vez...

–Tienes razón. Yo también le he estado dando vueltas, y creo que lo hemos enfocado por el lado equivocado. Pero esta nueva lección va a ser muy divertida. Y fácil. No tendrás que hacer nada.

Sentada sobre la cama, Eleanor dobló las rodillas sobre el pecho y apoyó la frente sobre ellas, tratando de tomar una decisión.

–¿Has visto el día que hace? –preguntó Cole intentando una nueva táctica–. Es un día de primavera perfecto, y tu clase de hoy nos va a llevar hasta Sisters. ¿Hace mucho que no vas?

Sisters, en Oregon, era una villa histórica muy romántica que recibía su nombre por las tres montañas que la flanqueaban, alzándose majestuosas sobre el cielo.

–Te recogeré dentro de una hora, profe.

Eleanor se golpeó la frente con la palma de la mano, y tuvo que reprimir un gemido de frustración. Quería ir, pero... ¿Pero qué? ¿Por qué debería luchar?

La vergüenza que sentía no era nada comparada con la soledad que la acompañaría cuando Cole se marchara de la ciudad. Recordaba perfectamente cómo se había sentido la primera vez que él se marchó. ¿Por qué luchar contra las ganas de tenerlo cerca? Le quedaría todo el tiempo del mundo para tomar las decisiones adecuadas cuando él se hubiera marchado.

–De acuerdo –dijo finalmente levantando el rostro–. Iré.

–Sigue siendo un sitio precioso, ¿verdad?

–Pensé que no te gustaban las ciudades pequeñas –replicó Eleanor mirándolo con curiosidad a través de las gafas de sol.

–La única que no me gusta es en la que crecí –se defendió Cole mientras buscaba un sitio para aparcar en la calle principal de Sisters.

Hacía un día más cálido de lo habitual para el mes de mayo, y Cole estaba dispuesto a disfrutarlo. Su intención era reparar la vergüenza que le había hecho pasar a Eleanor el día anterior, pero ella había estado todo el viaje de brazos cruzados y mirando por la ventanilla. Cole esperaba que cambiara de actitud cuando conociera los planes que tenía para aquel día.

–¿Has recobrado el apetito? –preguntó mirándola fijamente.

Cole no pudo evitar preguntarse dónde habría metido el helado y las galletas que aseguraba haber engullido la noche anterior. Vestida con unos pantalones vaqueros, camisa y un jersey fino, parecía tan delgada como cuando tenía diecisiete años.

–Si tienes hambre, podemos…

–Por favor, no hables de comida –dijo Eleanor colocándose las manos sobre el estómago mientras Cole aparcaba.

Se le salía el dulce por los ojos, y decidió que era culpa de Cole por confundirla con aquella analogía sobre los pájaros.

Mirándolo de soslayo, Eleanor tuvo que reconocer a regañadientes que el atractivo de Cole era también parte del problema. Aquella mañana llevaba puesta una camiseta blanca y unos vaqueros que enfatizaban sus músculos.

–¿Dónde vamos? –preguntó Eleanor ajustándose las gafas mientras se bajaba del coche al mismo tiempo que Cole.

–Una vieja amiga mía trabaja por aquí –dijo él tomándola del brazo para guiarla–. Pensé que estaría bien contar con su ayuda en el primer día del «Proyecto Eleanor».

–¿El Proyecto Eleanor? ¿Soy un proyecto? –preguntó ella deteniéndose bruscamente.

–Esto ha sido idea tuya, profe. Ya te dije que para mí estás muy bien como estás. Así que si quieres echarte atrás, este es el momento.

–De eso nada –replicó ella con determinación–. Vamos allá.

Cruzaron la calle y Cole entró con decisión en un local que anunciaba un salón de belleza y estética. Eleanor lo siguió, algo intimidada por aquel destino sorpresa.

Cole se aproximó al mostrador y dijo con naturalidad que Eleanor Lippert había llegado, y que tenía hora.

«¿Hora para qué?»,pensó Eleanor mientras la recepcionista examinaba con atención la agenda. Echó un vistazo alrededor. Ella solía cortarse el pelo en una escuela de peluquería a la que había que ir con el pelo lavado de casa y para la que no hacía falta cita previa.

Y allí, las mujeres que esperaban su turno para ponerse en manos del estilista llevaban puestas unas batas de color melocotón con el logotipo del establecimiento y calzas de algodón. Mientras Cole conversaba con la recepcionista, Eleanor distinguió a un ayudante vestido de bata blanca guiando a una cliente hacia una habitación que había al fondo.

–Por aquí, señorita Lippert.

Eleanor levantó la vista y se encontró con una joven rubia vestida de blanco inmaculado, como los demás empleados del local.

–Me llamo Amy, y soy su consejera estética. Si necesita algo que los técnicos o la masajista no puedan proporcionarle, llámeme

y la atenderé enseguida –dijo la joven con voz suave y melodiosa.

Eleanor consideró la posibilidad de salir huyendo de allí, pero ya era demasiado tarde.

Se giró hacia Cole para decirle que había cambiado de opinión, pero él le dirigió una amplia sonrisa y no la dejó hablar.

–Todo está bajo control. Te veré dentro de un par de horas –dijo pellizcándola suavemente en la barbilla–. Relájate y disfruta de la experiencia, ¿de acuerdo? Estás en buenas manos.

Y dicho esto, Cole salió del establecimiento.

Eleanor se sentía como una niña a la que hubieran dejado sola en su primer día de guardería. Al marcharse, Cole la había hecho sentir una profunda desilusión, lo que le recordaba la verdadera razón por la que había quedado con él. Quería estar a su lado, tenerlo cerca. Verlo, escucharlo, aspirar su aroma...

Eleanor exhaló un profundo suspiro.

–¿Es su marido? –preguntó Amy mientras la guiaba a un cuarto para cambiarse.

–No –replicó Eleanor–. Es un amigo.

–Debe ser muy buen amigo si ha preparado esto para usted.

–Sí –dijo Eleanor mientras tomaba la bata que la joven le tendía–. Muy buen amigo.

Capítulo 8

UNA HORA más tarde, tras haber vivido por primera vez la experiencia de un masaje, Eleanor estaba tan relajada que podía haberse dejado caer en cualquier parte. Aun así, se esforzó por seguir a Amy hacia la zona de peluquería, donde la esperaba la estilista.

–Esta es Suzanne –las presentó Amy–. Ella le arreglará el pelo y la maquillará.

Eleanor abrió desmesuradamente los ojos. ¿Maquillaje también? En algún momento entre el masaje de pies y la llegada de Amy con una copa de champán, había tomado la decisión de dejarse llevar por la marea. El día ya estaba organizado sin contar con ella, y su único quehacer consistía en relajarse y disfrutar del viaje.

Eleanor se contempló en el espejo mientras Suzanne la preparaba. Nunca había sabido qué hacer con su cara. El único maquillaje que tenía era un tubo de rimel y un viejo lápiz de labios de los tiempos en que su vecina vendía productos de Avon.

–¿Puedes hacer con mis ojos lo mismo que con los tuyos? –preguntó Eleanor observando el maquillaje de Suzanne.

–Claro –respondió ella acercándole la mejilla a la cara para que pudieran contemplarse juntas en el espejo–. Los tuyos están algo más hundidos, pero podemos perfilar una raya por aquí para destacarlos. Y también dibujaremos un nuevo contorno. Siempre he tenido ganas de echarle mano a tu cara. No me reconoces, ¿verdad?

Eleanor frunció el ceño, completamente sorprendida. ¿Se trataba quizá de una cliente de su clínica veterinaria?

–Lo siento. ¿De qué nos conocemos? –preguntó negando con la cabeza.

Suzanne recorrió con la mano el cabello de Eleanor para comprobar su textura.

–Piénsalo bien. En realidad, nunca nos movimos en el mismo círculo. Me apellido Corning.

–Corning –murmuró Eleanor–. Suzanne… Ann… ¿Eres Ann Corning?

–La misma que viste y calza.

Eleanor dio un respingo en la silla y, sin contar con su consentimiento, sus ojos se posaron sobre el pecho de su compañera de instituto. La antigua talla ciento cinco de la mujer era ahora algo más de andar por casa.

–Me operé para reducirlas –le confió Suzanne con un susurro cómico.

–Lo siento, yo... –dijo Eleanor llevándose la mano a la boca–, no quería...

Los ojos de Suzanne brillaron más divertidos que enojados.

–Me fui a vivir a Los Ángeles al acabar el instituto –le comentó con una sonrisa–. Y tuve un hijo. Quería cambiar de vida. Por eso me operé, para no llamar tanto la atención. Por eso también me cambié de nombre. Suzanne sonaba más serio que Sue Ann. Siempre quise que me tomaran en serio. Como a ti.

–¿Como a mí? –preguntó Eleanor, completamente sorprendida–. Estás de broma...

–No –aseguró la joven con firmeza mientras elegía un tinte de pelo en una carta de colores–. Recuerdo que la gente te tenía en mucha consideración. Por ejemplo Cole. Él te admiraba mucho. Te sigue admirando.

Eleanor sintió una oleada de satisfacción arrebolándole el rostro. Pero enseguida se repuso. La admiración no era lo mismo que el deseo. Podía ser que Cole la admirara, pero le gustaba Ann. Y había mantenido el contacto con ella todos aquellos años.

–A mí me habría gustado que me hubiesen tomado menos en serio durante aquella época –confesó Eleanor encogiéndose de hombros–. Aquello no era de gran ayuda para mi vida social. Ni siquiera fui al baile de fin de curso. ¿Qué tal estuvo?

Eleanor trató de disimular su interés, pero tenía mucha curiosidad por conocer la respuesta de Ann. Pero ella no pareció darse cuenta.

–Fue divertido –dijo mientras colocaba las manos sobre los hombros de Eleanor–. Escucha, ya sé lo que voy a hacer con tu pelo. ¿Te lo cuento?

–No hace falta. Confío en ti.

En aquel momento, todo lo que Eleanor quería era conocer los detalles del baile de fin de curso de doce años atrás. ¿Cuánto se habían «divertido» Cole y Sue Ann? Eleanor sintió una punzada parecida a los celos. Cole y Ann habían seguido en contacto durante todo aquel tiempo. Estaba claro que las citas dejaban más huella que los profesores particulares.

–Suzanne –se aventuró a decir Eleanor cuando la estilista se

preparaba a arreglar su pelo–. Cuando me lo cortes, no pienses en la palabra «conservador».

Cole miró el reloj por tercera vez. Eran las cuatro menos cuarto, cuarenta y cinco minutos más tarde de la hora en la que había quedado para recoger a Eleanor, y ni ella ni Sue aparecían por ninguna parte.

–Discúlpeme otra vez –dijo aproximándose a la recepcionista por tercera vez–. ¿Está segura de que nadie ha dejado un mensaje para Cole Sullivan?

–No, señor. No hay mensajes.

–¿Y nadie sabe dónde está la señorita Lippert?

La recepcionista se esforzó por mantener la sonrisa. Se hacía tarde, y ya le había proporcionado dos veces aquella información.

–No, señor. Pero la señorita Lippert era la última cita de Suzanne y, cuando terminaron la sesión de maquillaje, salieron juntas a la calle.

–De acuerdo. Gracias –contestó con aspereza, dirigiéndose afuera para esperar.

Cole se puso las gafas de sol, apoyó la espalda contra el edificio y se cruzó de brazos con la bolsa de una tienda de modas femenina bailando entre los dedos. No hizo ningún amago de disimular su enfado. Había planeado encontrarse allí con Eleanor, adular el bonito corte de pelo que seguro que le habría hecho Sue y contemplar después su cara de satisfacción cuando le enseñara el vestido que había comprado para ella.

Una sonrisa se abrió paso a través de su irritación. Aquel vestido primaveral le sentaría de maravilla. Era de seda rosa, en un tono muy pálido con florecitas y vuelo en la falda. Una prenda suave y femenina, totalmente opuesta a los aburridos conjuntos de falda y camisa que parecían gustarle tanto a ella, Dios sabría por qué.

El sonido de una risa femenina se cruzó en su camino en aquel instante. Cole se dio la vuelta y se encontró a Sue Ann doblando la esquina con una compañera del salón de belleza, una mujer alta y con el pelo recogido. No había ni rastro de Eleanor. Estaba muy enfadado: creía haberle dicho claramente a Sue que no quería que dejaran sola a Eleanor ni un instante para que no se pusiera nerviosa.

–¡Hola! –exclamó su amiga saludando con la mano–. No hay nada mejor que ver a un hombre guapo esperándote cuando

vuelves de compras. Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Estás frunciendo el ceño? Si sigues así, te va a quedar una arruga permanente.

–Sue Ann, ¿qué diablos está pasando? Te dije que...

–Qué maleducado –dijo su amiga señalando a la joven que estaba a su lado–. Ni siquiera has dicho hola.

La amiga de Sue Ann entreabrió los labios en una tenue sonrisa. En otro momento, Cole habría correspondido con otra. Las relaciones duraderas no eran su fuerte, pero nunca se había privado del placer de la compañía de una mujer intrigante. Pero aquel día, su única preocupación era Eleanor.

–¿Qué tal? –dijo saludando impersonalmente con la cabeza a la desconocida–. Y ahora escúchame, Sue, ¿dónde...?

De pronto le vino la luz.

Tenía el cabello recogido en la parte alta de la cabeza, cubierto con unas mechas doradas que brillaban como el oro bajo la luz del atardecer. El rostro que estaba acostumbrado a ver desnudo y sin contrastes adquiría ahora el calificativo de «esculpido», con las mejillas sonrosadas y la piel de marfil suave como el pétalo de una rosa.

Cole deslizó la mirada hacia aquel cuello de cisne, de cuya longitud no había sido consciente hasta entonces.

–¿Eleanor? –preguntó arqueando las cejas por encima de las gafas de sol.

Eleanor se sonrojó ante aquella franca sorpresa. Un hoyuelo que él tampoco había visto nunca antes se dibujó con nitidez en una de sus mejillas.

–Siento haberte hecho esperar –dijo encogiéndose de hombros mientras miraba a su mentora con complicidad–, pero como dice Sue, no tiene sentido pintar solo la mitad de la casa.

Cole observó durante un instante lo que parecían ser miles de bolsas de una tienda de ropa antes de volver a posar la vista sobre Eleanor.

Llevaba puesto un vestido rojo que se ajustaba a su cuerpo como la palma de la mano de un amante. Las piernas recorrían un largo camino entre el bajo del vestido y las sandalias de tacón. Aquella imagen lo distrajo de tal manera, que estuvo a punto de perderse el cambio que había tenido lugar en la parte superior del cuerpo de Eleanor. Cuando alzó la vista, clavó los ojos en aquel pecho que se había desarrollado misteriosamente en las pocas horas en las que había dejado de verla.

–Wonderbra –lo informó Sue Ann en un susurro.

Cole se dio cuenta de que su mirada estaba siendo muy obvia a

pesar de las gafas de sol, y trató de centrar la atención en el rostro de Eleanor. Esta vez, sus ojos quedaron atrapados en los labios. ¿De dónde habían salido? Estaban pintados ligeramente de un naranja suave, y ofrecían unas curvas irresistiblemente tentadoras.

–Parece que te han sorprendido los resultados –dijo Eleanor casi como disculpándose–. Sue me ha comentado que lo que habías hablado con ella era algo más aburrido, más conservador. Pero me parece absurdo mojarme un dedo del pie en el océano mientras tengo el resto del cuerpo seco. No sé si me entiendes.

–No, no te entiendo –respondió Cole volviéndose hacia Sue Ann–. ¿Qué le has hecho en el pelo? Antes lo tenía más...

–¿Lacio? –lo ayudó Sue Ann cuando vio que le faltaban las palabras.

–¿Aburrido? –intervino Eleanor poniéndose en jarras–. No te gusta, ¿verdad?

¿Gustarle? La mujer sencilla que él conocía había salido de su crisálida convertida en una bella mariposa. Por supuesto que le gustaba, pero...

No era su Eleanor.

–Claro que le gusta –dijo Sue Ann acercándose a él–. ¿Qué llevas en esta bolsa?

–¿Aquí? Ah, el vestido –contestó Cole mientras se colocaba las gafas de sol en la cabeza.

Con aquel gesto, esperaba que Eleanor hiciera lo mismo con las suyas. Quería mirarla a los ojos para encontrar allí la respuesta a las razones de aquel cambio.

Pero Eleanor no estaba dispuesta a cooperar. Las gafas permanecieron en su sitio y sus labios seguían formando una línea recta.

–Vamos a ver qué has comprado –dijo Sue Ann acercándose a la bolsa.

Pero Cole la apartó instintivamente. Tenía la sensación de que, en aquellas circunstancias, su modesto vestido de flores no sería bien recibido.

–No es para ti –dijo escondiendo la bolsa tras la espalda e improvisando–. Es para... mi ama de llaves. Su cumpleaños es dentro de dos semanas y le he comprado una cosita.

–¿El cumpleaños de Jasmine? –preguntó Sue Ann, extrañada–. Pero si es en noviembre...

–¿Eres amiga de su ama de llaves? –se interesó Eleanor.

–Claro. Yo se la busqué. Pero estoy segura de que es Escorpio...

Eleanor miró a Cole con aire acusador a través de los cristales

oscuros de sus gafas.

Todo lo que Cole quería era pasar una tarde agradable en compañía de Eleanor, hablar con ella tranquilamente, comportarse con normalidad...

–Muy bien: escuchadme –dijo, como si, en lugar de a dos mujeres encantadoras, se estuviera dirigiendo a un batallón–. No he comido, y tengo hambre. Eleanor y yo vamos a ir a cenar. Supongo que no tendrás que lavar al gato ni nada de eso, ¿no?

–No –murmuró ella girándose hacia la otra mujer–. ¿Y tú, Sue Ann? ¿Estás libre esta noche?

–No. Me temo que estoy ocupada –dijo Ann mirando fijamente a Cole con una sonrisa–. Lo he pasado muy bien, Eleanor. Llámame si tienes algún problema con el peinado o el maquillaje. Y tú no te vayas de la ciudad sin avisarme.

Y tras darles a cada uno un beso en la mejilla, Sue Ann se marchó. Cole se acercó a Eleanor para sujetarle las bolsas y, durante un instante, se mantuvo muy cerca de ella, aspirando el aroma de sus nuevos rizos. Por encima de las gafas de Eleanor, Cole pudo observar también que le habían teñido las cejas del mismo color que el pelo.

De pronto, sintió un inexplicable deseo de acariciar aquellas cejas con el pulgar. Aquello lo pilló de sorpresa, y agarró las bolsas con más fuerza.

–Hay un asador en este edificio –musitó con voz ronca–. No eres vegetariana ni nada parecido, ¿verdad?

–No –respondió ella con inusitada suavidad.

Cole estaba desconcertado. No venía al caso que sintiera aquel cúmulo de sensaciones, pero no quería pararse a examinarlas. Así que se echó a andar, evitando deliberadamente tomar el brazo de Eleanor mientras caminaban juntos por la calle.

Capítulo 9

HABÍA una luz tenue en el restaurante que Cole había elegido para cenar. Una música romántica de violines se escuchaba a través de unos altavoces estratégicamente situados, y bailaba sobre la mesa la llama de una vela colocada sobre un candelabro rojo.

Vestida con su ropa nueva, Eleanor se sentía como el daiquiri de fresa que se derretía en la copa que tenía en la mano: atractiva, exótica y muy, muy interesante. Le gustaba el contacto de sus rodillas desnudas contra el cuero de la silla, y la libertad de sentir los pies también desnudos dentro de las sandalias.

Enfrente de ella, Cole parecía estudiar detenidamente la carta, aunque levantaba la vista de vez en cuando para observarla. Parecía confundido.

Antes, cuando se habían sentado a la mesa, Cole le había echado la silla hacia atrás, y Eleanor había rozado con el hombro que la blusa le dejaba al descubierto el también desnudo antebrazo de Cole. Había sido una sensación maravillosa. Tenía la piel deliciosamente suave y cálida. Y luego estaba el asunto de las feromonas. Eleanor se atrevería a asegurar que no llevaba colonia, pero olía maravillosamente.

Podría haberse pasado la noche repitiéndose a sí misma que aquello era solo una cena, y no una cita, pero para ella era una cita con todas las letras, aunque Cole no se hubiera percatado de ello.

Eleanor se acercó el daiquiri a los labios y dio un pequeño sorbo. Exceptuando todo lo que se refería a Cole, siempre había sido una persona práctica y equilibrada. Y estaba absolutamente convencida de que aquella noche estaba más bella que nunca y más segura de sí misma que en toda su vida.

Y Cole no iba a estar en la ciudad para siempre. Si su relación no daba un giro aquella noche, tendría que reconocer sin tapujos que no cambiaría nunca.

Tras escuchar su nombre dos veces, Eleanor volvió de su ensimismamiento sintiéndose algo aturdida. Cole había elegido lo que iba a tomar y la estaba mirando.

–Perdona, ¿me decías algo? –preguntó ella tras dar otro sorbo a su daiquiri.

–Te preguntaba si sabes ya lo que quieres.

Eleanor asintió con la cabeza. Claro que lo sabía.

Cole llamó al camarero, y Eleanor tomó a toda prisa la carta. Para completar su transformación física, se había quitado las gafas. Aquella era una noche de cuento de hadas, y Cenicienta no llevaba bifocales. Con el ceño fruncido, Eleanor hundió la nariz en el menú.

–¿Puedo sugerirte el filete miñón con salsa de ciruelas? –preguntó Cole con una media sonrisa dibujada en los labios–. Acompañado de espárragos y la ensalada de la casa. Y de postre, suflé de chocolate. ¿Qué te parece?

–Maravilloso –admitió Eleanor–. Pero no sé dónde voy a meter tanta comida.

–No me estropees la diversión. Esta es la primera vez que estás dispuesta a cenar conmigo –dijo volviéndose al camarero, que esperaba a su lado para tomar nota–. Dígame, ¿a usted le cuesta tanto trabajo convencer a las mujeres para que salgan a cenar con usted?

–Eh… no, señor.

–A mí tampoco me había pasado hasta ahora –bromeó Cole mirando a Eleanor.

–Por eso tiene la señorita tan buena figura –contestó el camarero con una sonrisa mirando a Eleanor–. Si me permiten la expresión.

¿Permitírselo? Eleanor sintió una corriente de satisfacción recorriéndola desde los dedos de los pies hasta el recogido de la cabeza.

–Por supuesto que se lo permitimos –dijo moviendo las manos con coquetería.

Cole y ella le entregaron los menús al camarero y, cuando este se hubo marchado, se hizo en la mesa un breve silencio que cargó el ambiente de intimidad.

Transcurridos unos minutos, Cole comenzó a dar golpecitos con los dedos en su vaso de cerveza.

–Entonces, ¿te lo has pasado bien hoy? Deberías hacer de los masajes y la peluquería una costumbre.

–¿Para ti lo son? –preguntó Eleanor con interés.

–Bueno, a veces vienen una masajista y una pedicura al despacho a la hora de comer –respondió Cole encogiéndose de hombros–. A mi socio y a mí nos relaja.

–Ya me imagino –apostilló ella–. ¿Dónde tienes la oficina?

–En Los Ángeles. En Century City. Pero mejor hablemos de otra

cosa.

Eleanor había visitado Los Ángeles con su familia hacía unos años. Century City era una zona exclusiva de la ciudad, muy cercana a Beverly Hills.

–¿En qué consiste tu trabajo, Cole? –le preguntó colocando los codos sobre la mesa.

Cole miró hacia otro lado, como si buscara cualquier excusa para cambiar de tema. Pero no la encontró.

–Compro cosas –dijo finalmente–. Negocios, empresas en quiebra…

–¿Y por qué las compras si están arruinadas?

–Cuando una compañía grande tiene problemas, la suma de sus partes puede ser mayor que el total.

–O sea, que no te quedas con las empresas. Las revendes.

–Exactamente.

Cole bebió otro sorbo de su jarra de cerveza. Tenía ganas de fumar. Aquella no era la charla ligera que tenía planeada. Pero aquella tampoco era la profe que recordaba. Al menos no esa noche. La mujer que tenía delante era una mezcla desconcertante de sensualidad y preguntas indiscretas.

–Ya está bien de hablar de trabajo –dijo de pronto con decisión–. Esta noche estoy de vacaciones.

El camarero llegó en aquel momento con las ensaladas, y Eleanor retomó los pensamientos en los que había estado sumergida antes. Si quería que Cole la viera como una mujer voluptuosa, tenía que demostrarle que lo era. Pero, ¿cómo?

El camarero desapareció no sin antes esparcir unos granos de pimienta sobre las ensaladas. Eleanor miró fijamente el plato. Claro. Allí estaba la respuesta. Había visto la escena en una película.

Utilizando los dedos pulgar e índice como si fueran pinzas, Eleanor tomó uno de los camarones que descansaba sobre la cama de lechuga de su ensalada, levantó el brazo y echó la cabeza hacia atrás. Muy, pero que muy lentamente, entreabrió los labios y dejó caer el camarón…

…en medio de su Wonderbra.

Así no era como lo habían hecho en la película.

Le ardían las mejillas. Eleanor levantó la vista con disimulo para ver si Cole había observado la escena y… efectivamente, allí estaba, mirándola fijamente.

El camarón estaba frío y empapado en salsa vinagreta. Eleanor elevó los hombros instintivamente, lo que le otorgó al crustáceo

vía libre para deslizarse sin problemas hasta ir a parar al pecho derecho.

Eleanor echó los hombros hacia atrás. Tendría que haber al menos una docena de maneras de salir airosa de semejante situación. Seguro que si se esforzaba encontraría al menos una.

Sentía la mirada de Cole clavada sobre ella. Pero Eleanor agarró el tenedor y comenzó a comer como si no hubiera pasado nada.

–Eleanor.

Ella levantó la vista hacia su compañero de mesa sin dejar de masticar.

–¿No tienes un camarón en el sujetador? –preguntó Cole con el ceño fruncido.

Eleanor apoyó el tenedor sobre la mesa, tomó su copa de daiquiri, dio un largo sorbo y volvió a colocarla sobre el mantel antes de limpiarse los labios con la servilleta.

–Efectivamente, así es.

Y Eleanor siguió comiendo como si no le importara, incluso le gustara, tener un camarón alojado en el pecho.

–Eleanor –insistió Cole–. ¿Quieres que actúe como si no hubiera pasado nada?

–Sí.

Ella desvió la mirada y comenzó a untar una tostada de pan con mantequilla. Pero aquello fue demasiado movimiento para su huésped. Estaba tan calentito y la ensalada había sido aliñada con tanta generosidad, que el camarón comenzó a serpentear como si estuviera vivo.

–Discúlpame un instante, por favor –dijo Eleanor poniéndose en pie.

Cole se levantó al mismo tiempo que ella, moviendo la cabeza con ingenuidad como si no supiera lo que estaba pasando. Pero lo delataban las comisuras de los labios, que dibujaban un amago de sonrisa.

–No tiene gracia –gesticuló Eleanor–. Mírame. Y no es solo la mancha que me ha dejado el camarón. Llevo más maquillaje que un mostrador de Estée Lauder, y unos tacones tan altos que me he tropezado cinco veces desde que salí de la tienda donde los compré. Y todo para servir de refugio a un crustáceo.

Eleanor arrojó con furia la servilleta sobre la mesa.

–Y no se te ocurra reírte. Todo es culpa tuya. Fuiste tú quien pensaste que necesitaba que tu ex novia me hiciese unos arreglitos.

Cole había intentado interrumpir su discurso en un par de ocasiones, pero en aquel momento arqueó las cejas y echó la cabeza hacia delante con sorpresa.

–¿Cómo? Yo nunca he pensado que necesitabas ningún arreglo –exclamó claramente enfadado–. Solo quería que pasaras un día divertido, y pensé que...

Cole se detuvo en aquel instante.

–¿Qué pensaste? –inquirió Eleanor poniéndose en jarras mientras aleteaba con fuerza sus pestañas llenas de rímel.

Eleanor se dio cuenta de que tenía ganas de pelear con Cole por muchos motivos. En primer lugar, porque no se había caído redondo de deseo al verla aparecer por la tarde. En segundo lugar, porque eso era exactamente lo que ella hubiera querido. Y en tercer lugar, porque había mantenido contacto con Sue Ann durante todos aquellos años, y con ella no. Y ella no había dejado de amarlo.

Eleanor estaba convencida de que Cole no había hablado con nadie del pasado durante todo ese tiempo. Había alimentado la fantasía de que algún día volverían a encontrarse, y los ojos de Cole brillarían al encontrarla y darse cuenta de que era su alma gemela.

–Sentémonos –dijo él tras echar un vistazo a su alrededor.

Había a su lado una pareja de enamorados que no se había enterado de nada, pero el *maître* los estaba observando.

Eleanor se cruzó de brazos. Craso error. El camarón se escurrió, pero ella actuó como si no se hubiera dado cuenta.

–No me sentaré hasta que termines lo que habías empezado a decir.

Si se le ocurría decir una sola palabra que sugiriera que seguía viéndola como en el instituto, un sola sílaba que pudiera significar aunque fuera remotamente que la consideraba una insulsa, se marcharía. Saldría de allí caminando sobre sus tacones y nunca más volvería a pensar en Cole. Nunca, nunca, nun...

–Solo quería llevarte a cenar, ¿de acuerdo? El salón de belleza era una excusa –dijo Cole levantando las manos en señal de rendición–. Te has mostrado tan reacia a salir conmigo que pensé que, si seguía el rollo de las lecciones, tendría al menos una posibilidad de salir contigo. Se supone que a las mujeres les gusta ir a la peluquería, así que llamé a Sue Ann y le pedí hora. Eso es todo.

Cole miró de nuevo a su alrededor.

–¿Podemos sentarnos ya de una vez, por favor? –susurró

enojado.

El cuerpo de Eleanor comenzó a soltar presión como si fuera una olla, y él se dio cuenta. Sue Ann le había pintado muy bien los ojos, pero ningún color artificial podía compararse con aquellas pupilas que miraban frías como el topacio durante un instante y suaves como el otoño un segundo después. Cole nunca se hubiera imaginado que Eleanor pudiera tener tantos cambios de humor.

En aquel momento parecía todavía algo enfadada, pero una sonrisa delicada comenzó a dibujársele en la comisura de los labios. Cole sintió una oleada extraña recorriéndole el cuerpo desde el pecho hasta… hasta más abajo. No podía soportar aquello, los cambios de Eleanor y los suyos propios. Quería recuperar el control, quería sentarse y terminar de cenar con su amiga la profe. Y sin embargo, se le escaparon las palabras.

–Eres preciosa.

Ella parpadeó sorprendida, y sus miradas se encontraron.

Cole se dio cuenta de que ella no era consciente de su belleza. ¿Es que acaso no se lo había dicho nadie? Pero lo que más lo sorprendió fue el placer que experimentó al pensar que tal vez había sido el primero en sacarlo a la luz.

–Gracias –respondió ella suavemente tras una pausa–. Tú también eres muy guapo.

Sencillas y sinceras, aquellas palabras no exigían nada de él. No hacía falta responder con otro piropo. En aquel instante, ella pareció comprender que su hermosura sería para siempre mucho más que algo superficial a los ojos de Cole. Con su respuesta, dulce y contagiosa, Eleanor le devolvía el favor.

De pronto, era Cole el que parecía virgen. Había estado en todo tipo de situaciones sociales, pero ahora no sabía que más decir ni qué hacer.

Comenzó a sudar. Aquello era muy extraño. Sentía un cúmulo de sensaciones que no sabía cómo catalogar. Estaba confundido.

–Ahora vuelvo –dijo Eleanor girándose sobre sus altos tacones.

Él la vio marcharse hacia lo que parecía ser el cuarto de baño, moviéndose con una gracia inconsciente pero absolutamente cautivadora sobre aquellas alturas a las que no estaba acostumbrada.

Cole se dejó caer sobre la silla, apoyó los codos sobre la mesa y hundió la frente en las manos. Aquello tenía que haber sido una velada tranquila, pero se estaba complicando mucho.

Eleanor se quitó el camarón en el baño de señoras y se limpió la mancha con una toallita de papel mientras respiraba profundamente. Estaba tratando de tranquilizar su corazón, cuyo latido era visible a través de la blusa.

Su mente analítica quería reconsiderar cada matiz de la conversación que acababa de tener con Cole, analizar si había habido un cambio en su relación con él y, si así había sido, hacia qué dirección. Pero cada vez que su cerebro repetía la frase «eres preciosa», se le nublaba la mente para dejar paso solo a la emoción.

No había manera de secar la mancha a no ser que optara por quedarse tres horas bajo el secador de manos, así que Eleanor decidió regresar a la mesa.

Cole se puso de pie cuando la vio acercarse. Ella le correspondió trazando una sonrisa amigable mientras se sentaba en su sitio sin hablar apenas y se terminaba la ensalada, esa vez con el tenedor. Cole hizo comentarios sobre varios temas neutros, como la comida, el turismo veraniego en la parte central de Oregón y la costumbre que había adquirido Sadie de subirse a su cama por las noches.

Cuando el camarero llegó con los segundos platos, Cole sonreía relajado. En lo que a él se refería, la noche se había enderezado. La conversación fluía con naturalidad, aunque tenía que admitir que era él quien más contribuía a ello.

–¿Qué tal está tu carne? –le preguntó a aquella mujer tan encantadora que tenía enfrente.

–Bien –respondió Eleanor, aunque ni siquiera la había probado.

–Estupendo –contestó Cole sonriendo mientras probaba el vino que había pedido con la comida–. ¿En qué piensas?

–Bueno –contestó ella colocando los brazos sobre la mesa–. Me preguntaba si... ¿es difícil concentrarse cuando tienes relaciones sexuales regularmente?

Cole estuvo a punto de atragantarse con el trozo de carne que acababa de llevarse a la boca. Tomó rápidamente la copa de vino y dio otro sorbo.

–Quién me manda preguntarte nada –dijo como para sí mismo–. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar en eso?

–Siento curiosidad –respondió Eleanor encogiéndose de hombros.

Cortó un trozo de filete y lo masticó, pero no pudo saborearlo. El corazón le latía con demasiada fuerza. Tenía muy clara una cosa: había una ventana muy pequeña a través de la cual podría

tener la oportunidad de que Cole la viera como una mujer.

–¿Te has fijado en esa pareja? –continuó Eleanor señalando a los dos jóvenes que se miraban arrobados en la mesa de al lado–. Los he estado observando. No pueden concentrarse en otra cosa que no sea en ellos mismos. No pueden dejar de tocarse. Yo nunca he estado así de distraída en mi vida, y la verdad es que me gustaría. Me apuesto lo que sea a que tú has tenido muchas «distracciones».

–¿Que si he tenido qué? –preguntó Cole olvidándose de la comida.

–Que si te distraes con frecuencia –preguntó ella partiendo un espárrago.

Eleanor –susurró Cole en voz baja para asegurarse de que lo había pillado–. ¿Me estás preguntando si tengo relaciones sexuales a menudo?

–Bueno, Cole –se explicó Eleanor partiendo un trozo de champiñón–. Recuerda que todo esto es nuevo para mí. No sé que me puedo encontrar cuando empiece a acostarme con gente. ¿Estaré más concentrada en el trabajo? ¿Menos? Tal vez debería pensar en contratar a otro veterinario para mi clínica.

–No creo que sea necesario –respondió Cole después de aspirar el aire profundamente, sin llegar a soltarlo del todo.

–No sé qué decirte –insistió Eleanor moviendo la cabeza como si ponderara la cuestión–. He leído un estudio que afirma que una mujer comienza a escalar la cima de su vida sexual a mi edad. Por eso he tomado una decisión: voy a buscar a alguien más joven que yo para mi primer encuentro.

Cole la miró durante largo rato sin moverse ni un ápice. Ni siquiera pestañeó. Parecía una estatua.

–¿Cuánto de joven? –dijo finalmente.

–No lo he decidido todavía. Pero, según el estudio, cuando los hombres cumplen los treinta disminuye notablemente su capacidad sexual. Pero claro, seguro que tú eso ya lo sabes –dijo Eleanor estirando el brazo para tocar el de Cole–. En cualquier caso, no hay razón para preocuparse. Es solo una teoría. Además, tú solo acabas de cumplir los treinta. ¿Te has tomado la presión sanguínea últimamente? Estás muy colorado...

–No tengo la tensión alta –aseguró Cole enfatizando cada palabra–. Al menos no la tenía hasta que llegué a Oakdale. No me estarás tomando el pelo, ¿verdad, Eleanor?

–Así es, Cole –respondió ella observando la sorpresa en los ojos profundamente azules de su compañero–. Te estoy tomando el

pelo.

La sorpresa inicial se convirtió en complacencia, y luego en admiración. Eleanor sintió un hormigueo recorriéndole toda la piel, y eso que ni siquiera se estaban rozando. Una sonrisa malévola se fue dibujando poco a poco en el rostro de Cole.

–Muy bien, profe. Ya sabía que eras buena en matemáticas, pero no me imaginaba que te gustaran los juegos.

–¿Y eso es malo? –preguntó ella alzando las cejas con deliberada coquetería.

Hasta aquel instante, no había sido consciente de que era capaz de coquetear.

Y él tampoco. Cole hizo un raudo repaso mental a lo bien que se había desarrollado Eleanor, tanto física como intelectualmente. Ella lo estaba mirando y, sin las gafas, sus ojos parecían luminosos y dulces como los de Bambi. Eleanor sonrió tímidamente.

Cole sintió como si le hubieran removido los sentidos de arriba abajo. ¿Acaso no sabía que no podía hacérsele eso a un hombre, parecer al mismo tiempo dulce e inocente y tremendamente sensual? Él conocía a los de su sexo, y sabía que un hombre podía hacer la vista gorda a sus valores más arraigados si se encontraba con unos labios como aquellos, suaves como pétalos de rosa, y aquella piel bañada por el sol, y las piernas largas, y aquellos pechos perfectos sin necesidad de Wonderbra...

Y si a todo aquello se le añadía la inteligencia de Eleanor y su inocencia, el hombre no podría evitar fantasear sobre la idea de ser el primero en demostrarle lo que era el amor.

–¿Sigues comiendo? –preguntó él con voz ronca.

–Sí –respondió Eleanor partiendo un trozo de espárrago con el tenedor–. Pero la verdad es que tengo el estómago algo revuelto.

–A mí me pasa lo mismo –murmuró él mirando su plato.

Cuando Cole sugirió que salieran del restaurante, Eleanor no lo dudó ni un instante.

Era domingo por la noche, y la carretera estaba completamente atascada en dirección de regreso a Oakdale. Eleanor deseaba mantener una conversación íntima, pero Cole parecía estar cada vez más ausente. Ella trató también de concentrarse en algún pensamiento, pero cuando iba a hacerlo, el coche comenzó a resbalar ligeramente. Cole, que hasta aquel momento había tenido toda la atención puesta en el volante y en la carretera, soltó una palabrota cuando se dio cuenta del problema.

–Se ha pinchado una rueda –dijo sacudiendo la cabeza mientras enfilaba lentamente el vehículo hacia el arcén.

Eleanor salió del coche detrás de él. El aire helado de la noche le congeló las piernas y los hombros desnudos.

–¿Sabes cambiar una rueda? –preguntó Cole asomando la cabeza desde la parte de atrás.

–No tengo ni la más remota idea –replicó ella pestañeando–. Ni de coches tampoco. Solo sé que funcionan con combustible.

–Recuérdame que le añada al curso unas lecciones básicas sobre mecánica –refunfuñó Cole mientras abría el maletero–. No me gustaría que te pasara esto cuando yo no esté por aquí para ayudarte. ¿Y dónde está tu teléfono móvil?

–En casa –reconoció Eleanor. ¿Y el tuyo?

–En casa también –confesó Cole sacando la rueda de repuesto–. No quería que me molestaran hoy. ¿Por qué no entras en el coche? Estás temblando.

–No tengo tanto frío –mintió ella–. Prefiero mirarte y aprender. Así podré impresionar a mi próxima cita con mis conocimientos de mecánica.

Cole entornó los ojos. Se levantó y se acercó hasta ella. Sus ojos de acero azul brillaban en la noche aterciopelada. Se detuvo a menos de un paso de ella.

–Profe –dijo recorriendo el cuerpo de Eleanor con la mirada–. Lo impresionarás sin necesidad de saber nada sobre mecánica.

Cole se quitó la chaqueta y se la colocó con delicadeza sobre los hombros.

–¿No te enfriarás? –preguntó ella mirándolo.

–No te preocupes, yo entraré en calor en cuanto empiece a trabajar –aseguró Cole negando con la cabeza–. Ya que estás dispuesta a quedarte fuera, ¿por qué no me alumbras con la linterna?

Eleanor asintió y tomó la luz que él le dio, enfocándola directamente hacia aquellas manos grandes y expertas. Podía ser que no supiera nada de automóviles, pero estaba muy puesta en músculos deltoides, y pudo distinguir con claridad que los de Cole se marcaban bajo su camiseta mientras trabajaba. Jadeaba con el esfuerzo de sacar los tornillos de la rueda.

–Se me había olvidado lo sucio que era esto –dijo colocando la herramienta en el suelo mientras levantaba las manos–. ¿Te importa desabrocharme los puños? Me voy a poner la camisa perdida de grasa...

Eleanor apoyó la linterna en el techo del coche, contenta de

que la oscuridad la ayudara a ocultar su turbación. Aquella era una oportunidad de tocarlo. Alargó la mano hacia las mangas de la camisa y se las subió con cuidado. Los dedos de Eleanor tomaron nota del tamaño de su muñeca y de la suavidad de sus antebrazos.

–Gracias –dijo Cole levantando las manos–. Ahora, si no te importa, desabróchame los botones de delante.

Con el corazón acelerado, Eleanor dio un paso hacia atrás y señaló con un gesto la parte del pecho, para estar segura de que él se refería a eso.

–Sí. La experiencia ha demostrado que es difícil quitarse la camisa a menos que esos botones estén desabrochados –bromeó Cole.

Él dio un paso adelante al mismo tiempo que ella. Consciente de que Cole la estaba mirando, Eleanor comenzó a desabrocharle los botones. Empezó por el del cuello y siguió su camino hacia abajo, rezando para que no le temblaran demasiado las manos y debatiéndose entre el afán de actuar como si no pasara nada y el deseo de saborear cada sensación.

La piel de Cole desprendía un aroma hipnotizador, muy masculino y tan sensual que Eleanor creyó que iba a desmayarse. El pecho que apareció bajo los botones era duro como la roca y bien formado. Las palmas de las manos de Eleanor se estremecieron con el deseo de tocarlo, y la asaltaron unos celos inesperados y absolutamente inoportunos al pensar en todas las mujeres que habrían estado con Cole durante aquellos años.

Seguía siendo de noche y hacía frío, pero ella ya no lo notaba. Con su chaqueta sobre los hombros, caliente y protectora como unos brazos, Eleanor terminó de desabrocharle los botones y no necesitó que le dijeran lo que tenía que hacer después.

La camisa estaba metida dentro de los pantalones de Cole. Parecía claro que había que sacarla de allí para poder quitársela.

Eleanor metió las manos en la zona del cinturón y sacó parte de la camisa. Cole levantó los brazos para facilitarle el acceso a los laterales y, un instante más tarde, ella tiró del trozo de tejido que quedaba en la parte de atrás.

Si quería quitarle la camisa estando enfrente de él, tenía que acercarse lo suficiente como para sentir el pecho contra el suyo.

El mero hecho de pensar en rozarse contra aquel sólido muro que era el torso de Cole hizo que Eleanor se estremeciera de deseo.

No podía saber en qué estaba pensando él, pero lo cierto era que la observaba como un tiburón. El tacto de Eleanor le había parecido suave y al mismo tiempo sorprendentemente provocador.

Eso era lo que Cole pensaba mientras las manos de ella revoloteaban alrededor de su cintura como mariposas.

¿Qué diablos le estaba ocurriendo? Aquella ya no era la profe, era Mata Hari, a juzgar por el efecto que le estaba causando a su sistema hormonal. Cole trató de mantener la respiración regular mientras Eleanor se movía a su alrededor. Pero le estaba costando un esfuerzo monumental. Cuando ella comenzó a sacarle la camisa por las mangas, él flexionó los hombros y tensó todos los músculos del cuerpo para recordarse a sí mismo que tenía que mantener el control.

Sintiendo su tenue presencia a su espalda, Cole se dio la vuelta lentamente. Eleanor sujetaba la camisa en la mano y lo observaba con los labios entreabiertos.

Parecía confusa. Y adorable. El deseo de juntar su boca con aquellos labios en forma de «o» se hizo tan fuerte, que Cole supo que tenía que apartarlo de sí rápidamente... o dejarse llevar por él.

–Escucha, yo... –dijo aclarándose la garganta–. Bueno, gracias.

Cole volvió a concentrarse en la rueda y Eleanor retomó su puesto a su lado, sujetando la luz.

Él se mantuvo en silencio unos segundos mientras trabajaba antes de empezar a hablar.

–¿Sabes?, este incidente me recuerda que las relaciones tienen mucho que ver con los coches. Vas en tu BMW, conduciendo sin muchos problemas, y de pronto…, ¡pum! Un pinchazo y te quedas tirado. Y entonces te das cuenta de que deberías haber revisado las ruedas antes de emprender el viaje. ¿Me entiendes? –le preguntó Cole mientras sacaba la rueda pinchada–. Es una analogía. Lo que quiero decir es que no deberías precipitarte a la hora de viajar.

Eleanor no respondió inmediatamente. Cole frunció el ceño. La proximidad de Eleanor y sus piernas desnudas lo estaban distrayendo. Ella sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Cole la estaba encorsetando una vez más, haciéndola sentir como una tía entrañable, y no como una mujer deseable.

–A lo mejor yo no quiero comprar un coche –dijo poniéndose en jarras–. Tal vez lo único que quiero es darme una vuelta. Creo que empiezo a entenderte, Cole. A ti te gusta que las cosas tengan sentido, que la bola encaje perfectamente en el agujero... pero la vida no es así, la vida cambia, y la gente también. Tú sigues viéndome como en el instituto, para ti sigo siendo la profe. Pero en algún lugar hay un hombre que pensará en mí como... como en «su chica».

Cole solo dudó un instante.

Sin pensar en la grasa del coche, deslizó una mano alrededor del cuello de Eleanor rozándole con suavidad el cabello. Con la otra, le levantó la barbilla para acercarle el rostro. Eleanor apenas tuvo tiempo de sorprenderse antes de que Cole posara los labios sobre los suyos.

Comenzaron a besarse suavemente, como en un susurro, hasta que Cole sintió que tenía su permiso para seguir, y se atrevió a saborearla con la boca más profundamente, mientras ella se rendía ante su beso experto.

La linterna golpeó contra el suelo mientras las manos de Eleanor encontraban su camino hacia los brazos de Cole y la chaqueta se le escurría de los hombros sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Cole sentía el calor de una descarga eléctrica cada vez que Eleanor lo tocaba. Había tratado de explorar su boca primero con suavidad, tratando de controlarse con todas sus fuerzas, pero cuando ella abrió los labios para recibirlo, Cole abandonó la lucha.

Deslizó una mano sobre la cintura de Eleanor y se detuvo para acariciarle la curva de la cadera. No pensaba en nada, simplemente, por fin, en la sensación de sentir a Eleanor.

Ninguno de los dos se percató del ruido de unos frenos sobre el arcén. Ni tampoco escucharon una puerta cerrándose detrás de ellos. Solo cayeron en la cuenta de que no estaban solos cuando el destello de unos faros iluminó un instante sus sombras y escucharon la voz masculina de un hombre mayor.

–Esto... hola. Mi mujer y yo hemos visto su coche, y... ¿Necesitan ustedes ayuda?

Eleanor retrocedió instintivamente como si le hubieran pegado un mordisco. Parpadeó varias veces sin dejar de mirar a Cole. Él se pasó la mano por la parte de atrás del cuello, tratando de poner en orden sus pensamientos.

–Había olvidado lo amable que es la gente de Oregón –musitó finalmente antes de volverse para hablar con el desconocido–. Hemos pinchado. Nada grave.

–Mi mujer y yo llevamos siempre el móvil cuando salimos por si pasan estas cosas. Si quieren, podemos llamar al servicio de carreteras para que les echen una mano.

Cole estaba a punto de declinar la oferta cuando miró a Eleanor. Parecía confusa y, por un instante, Cole sintió deseos de decirle a aquel caballero que se subiera al coche, se marchara y los dejara solos en la oscuridad de la carretera otra vez.

A través de la luz de la luna y los faros del coche, Cole pudo

observar cómo había afectado su comportamiento a Eleanor, y el mero hecho de pensar que él le había dado su primer beso de verdad lo llenó de una ternura orgullosa. Apenas se reconocía en aquel sentimiento. Era una necesidad física y emocional muy peligrosa, ya podía hacerle olvidar por qué estaba allí… e incluso hacerle cambiar de opinión sobre lo que había venido a hacer. Porque había una parte de él que sabía que la venganza y Eleanor eran incompatibles.

En aquel instante, el rostro de ella estaba lleno de ilusiones. Un par de semanas más tarde, si volvía a mirarlo a la cara, no sería con aquella expresión.

–Gracias –le dijo Cole a aquel hombre–. Si no le importa, me gustaría que llamara.

Capítulo 10

COLE ERA un exterminador. Cuando le había contado a Eleanor a qué se dedicaba, le había ocultado parte de la verdad. Lo cierto era que, igual que el león buscaba la gacela más débil, él olfateaba las empresas que tenían problemas, las compraba y, en lugar de sanearlas, las desmembraba para vender sus partes al mejor postor. Era una ocupación muy lucrativa que Cole había convertido en un modo de vida. En una ocasión, con motivo de una cena para celebrar la compra de una fábrica textil, se había comentado que el éxito de Cole se debía en gran medida al hecho de que carecía de alma.

Cole había decidido hacía mucho tiempo que aquel comentario era el mejor de los piropos. Para tener éxito como exterminador, había que estar dispuesto a hacer pedazos los sueños y la vida de otras personas.

Y Cole lo estaba.

Encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo que tenía entre los dientes. El tono azul cerúleo del cielo comenzaba a iluminarse con los cálidos rayos del atardecer. A través del olor a tabaco, Cole distinguió el aroma de las cenas que se estaban preparando en las casitas bajas que sea alineaban a ambos lados de la calle de los Carniceros.

Apoyado contra su coche, Cole miró el reloj mientras daba otra calada al cigarro. Faltaban diez minutos para las cinco de la tarde. La jornada laboral en la fábrica de conservas cárnicas terminaba a las cuatro y media. Dentro de unos minutos, el vecindario comenzaría a cobrar vida. Empezarían los portazos, los gritos de la gente llamándose unos a otros, los juegos de los niños... una escena cotidiana que Cole recordaba muy bien.

Instantes después de que comenzara la actividad, una vieja furgoneta verde se aproximó hacia la curva de la acera de enfrente, y Cole se puso tenso. El corazón comenzó a latirle con fuerza dentro del pecho.

El hombre que conducía la furgoneta se bajó del asiento del conductor y tomó el sendero que llevaba a una de las casitas.

Se trataba de un individuo fornido, de la misma complexión que Cole había adquirido con los años, aunque Jack Sullivan tenía

algo más de peso.

Cole observó cómo su padre buscaba las llaves de su casa antes de entrar. Seguía caminando con los hombros hacia delante después de estar nueve horas enlatando carne. A primera vista, las cosas no parecían haber cambiado. Jack Sullivan seguía teniendo el aspecto de un hombre que se había pasado la vida sin dar su brazo a torcer ante nada y ante nadie.

De pronto, Cole sintió la imperiosa necesidad de llamarlo antes de que entrara en casa. Sorprendido, Cole comenzó a sudar. Se le había formado un nudo en la garganta.

–Oiga, señor, ¿es suyo este coche? ¿Le ha costado muy caro?

Cole se dio la vuelta y se encontró con un niño que miraba su BMW con admiración.

–Más de lo que puedes ganar trabajando en la fábrica –respondió Cole con una mueca.

–Mi padre trabaja allí. Se llama William Kimm.

Cole soltó una maldición apenas audible. Bill había sido toda una promesa cuando era adolescente. Era muy bueno en deportes y no mal estudiante. ¿Cómo había acabado allí?

–Conozco a tu padre desde hace tiempo –le dijo Cole al muchacho–. ¿Tienes más hermanos?

–Sí, una hermana, y mi madre va a tener un bebé dentro de un par de meses. ¿Por qué no viene a casa y le enseña su coche a mi padre?

Cole comenzó a sudar con más intensidad. Casi sin darse cuenta, dirigió la mirada hacia el otro lado de la calle. Su padre había entrado en casa y había encendido las luces del salón. Parpadeando ante la luz del atardecer, Cole se aflojó la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa.

Había venido al barrio inmediatamente después de la reunión con el Consejo de Administración de la fábrica de carne. Llevaba en los labios el dulce sabor de la victoria. La situación de la empresa no era buena, y estaba más vulnerable que nunca. Cole había estado años esperando aquel momento.

Era una cuestión de poder, no de dinero. Habían adquirido todas las propiedades de la empresa, incluidas las casas bajas de la Calle de los Carniceros. El desalojo de la planta de producción y de las viviendas comenzaría tan pronto como fuera legalmente posible.

–Venga conmigo a mi casa, señor. Puede quedarse a cenar.

–¿Cómo? Eh... no, gracias –dijo Cole con la voz entrecortada.

Un sabor amargo le había aparecido de improviso en la boca.

Contempló durante un instante el rostro de aquel muchacho, y pensó en Bill y en el bebé que estaba en camino. Una punzada de pena le atravesó el estómago. Si todo marchaba según lo esperado, en un par de meses la fábrica estaría cerrada. Bill Kimm y el resto de sus compañeros serían despedidos. Durante un instante, Cole luchó contra el impulso de decirle algo más al hijo de Bill, pero no se le ocurrió nada.

Ninguna palabra asomó a sus labios, y Cole se dio la vuelta,

Se metió en el coche, se colocó las gafas de sol y arrancó. El sudor le bañaba completamente el rostro. Pasó delante de la casa estrecha y opresiva que su padre había mantenido vigilada como si fuera un sargento defendiendo una barricada.

Cole recordó sus palabras.

–¡Quita de ahí esos libros si no quieres que los tire a la basura! El jefe me ha dicho que ayer volviste a llegar tarde al trabajo.

Jack se negaba a escuchar nada negativo de la fábrica, aunque, entre otros atropellos, esta mantuviera las casas de sus trabajadores en condiciones casi lamentables. Poner en entredicho a la empresa era poner en entredicho toda la existencia de Jack.

La poca felicidad que había reinado en el hogar de los Sullivan había sido obra de Mary, la madre de Cole, pero incluso ella había acabado por marchitarse. Había vivido sin conocer ninguna clase de alegría, y su muerte fue consecuencia de la testarudez de Jack. El seguro médico de los trabajadores de la fábrica no cubría a los especialistas del corazón que Mary necesitaba, pero Jack no veía ninguna razón para cuestionar la opinión de los médicos de su seguro.

Cole frunció los labios con amargura. Nada de lo que él había hecho en toda su vida había valido ni una pizca a los ojos de su padre. Jack le había dado la espalda a su familia para entregarle su devoción a una fábrica, una fábrica que no le correspondía en sus afectos. Ahora, cuando cerrara, se quedaría sin nada.

Y en cuanto a los demás trabajadores...

Cole sintió que el nudo que tenía en el estómago se hacía más fuerte. Tal vez podría intentar que les dieran alguna indemnización. Pero seguro que Bill Kimm y su esposa no encontrarían aquel gesto muy generoso.

Cuando llegó a las afueras de la ciudad, Cole comenzó a respirar de nuevo con normalidad.

Su mansión lo esperaba.

Siempre se había sentido muy satisfecho de tener una casa cuatro veces mayor que en la que él había crecido. Pero aquel día,

cuando atravesó la inmensa verja y caminó sobre las baldosas que llevaban a la puerta principal, no sintió ninguna satisfacción, sino una desagradable sensación que pareció despertar la úlcera contra la que había luchado durante sus años universitarios. Qué ironía. Había conseguido cerrar el círculo… pero no se sentía completo.

Contra toda pronóstico, Cole sintió en aquel momento que su vida estaba a punto de convertirse en una copia de la de Jack.

Eleanor salió de la ducha convencida de una cuestión: las citas eran para los pájaros. Estos eran seres afortunados, no tenían que rizarse el pelo.

Se envolvió en la toalla y tomó asiento en el taburete, el único lugar del cuarto de baño que no estaba ocupado con botes, rulos, cepillos y horquillas.

–¿Estaré capacitada para esto? –se preguntó sacudiendo la cabeza–. La cirugía microscópica me pareció más sencilla de aprender.

Había comprado dos bolsas llenas de productos de maquillaje y peluquería durante su hora de comer, poco después de que Stanley Schwimmer hubiera acudido a la clínica con su chihuahua y la hubiera invitado a cenar.

Eleanor aspiró con fuerza el aire y tomó el secador que había comprado también al mediodía.

–Esto está ardiendo –le comunicó a Gus, que observaba la novedad desde la ducha.

Stanley Schwimmer era un contable que había estado llevando a su perro a la clínica durante dos años. Siempre se había comportado con mucha educación, pero nunca había demostrado el más mínimo interés por ella hasta aquel día.

Eleanor se enredó otro mechón de pelo con más cuidado y se contempló en el espejo. Nunca sería una Sue Ann, por muchos recogidos altos que se pusiera. En el reparto del aspecto físico, le había tocado ser del montón. Dios le había dado un rostro normalito, pero saber sacarse partido tenía sus ventajas.

El vestido de vuelo por encima de la rodilla que formaba parte de su nuevo vestuario había llamado la atención de Stanley aquel día. En cuestión de segundos, Eleanor había pasado de ser la doctora Lippert a ser Eleanor y, antes de que pudiera darse cuenta, Stanley la había invitado a cenar.

Y Eleanor había dicho que sí sin darse siquiera la oportunidad de considerarlo.

Cuando Cole la había besado dos noches atrás, había sido la mejor lección que podría haberle dado. Esta vez había quedado claro que él había dado el primer paso para besarla, pero tampoco había ninguna duda de que se había arrepentido al instante. Si de ella hubiera dependido, habría arreglado el pinchazo con sus propias manos. Cualquier cosa con tal de seguir a solas con él. Pero Cole no solo había aceptado la ayuda de aquellos señores, sino que les había dado conversación, animándolos a hablar.

Y para empeorar las cosas, Eleanor no había vuelto a saber nada de él desde que la dejara en su casa el domingo por la noche.

–Esta vez voy a pasar de él –aseguró mirando a Gus a través del espejo–. Ya sé que no es la primera vez que lo digo, pero ahora lo voy a hacer. Y creo que no fue un error besarlo. Después de Cole, un hombre tan simple como Stanley será coser y cantar.

Eleanor se enredó otro mechón de pelo con el secador, arrastrando en el proceso parte de su cuero cabelludo.

Cuando sonó el timbre de la puerta, reaccionó como si hubiera sonado la alarma antiincendios.

–No puede ser él todavía –dijo buscando su reloj de pulsera entre los cacharros que había en el lavabo–. Le dije que salía a las seis y media de trabajar y que necesitaba una hora y media para arreglarme. Son las siete y cuarto, y habíamos quedado a las ocho. ¿Cómo puede un contable ser incapaz de hacer un cálculo tan sencillo?

Eleanor comenzó a quitarse los rulos de la cabeza a toda prisa y observó su rostro en el espejo, desprovisto aún de maquillaje.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

Eleanor soltó un suspiro. Stanley podría esperar en el sofá mientras ella se arreglaba.

Estiró la camisa de seda que llevaba puesta, a juego con una falda más bien corta, y se dirigió a la puerta componiendo una sonrisa.

–¡Oh! –exclamó echándose hacia atrás mientras un perro grande se abalanzaba sobre ella–. Tú no eres Roosevelt.

–Sadie, siéntate.

Eleanor divisó a Cole detrás de su perra. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros de color negro y un jersey fino azul pálido. El cuello en pico enfatizaba la anchura de sus hombros y permitía la visión de una mata de pelo suave tan oscura como su cabello.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Eleanor.

–Lo siento. ¿Quién es Roosevelt?

Las palabras de ambos flotaron suavemente como hojas en

otoño. Cole y Eleanor se miraron fijamente a través del pasillo. Ella se estiró instintivamente la falda hacia abajo.

Cole la contempló de arriba abajo con asombro. La visión de las piernas desnudas de Eleanor borró de su mente cualquier otro pensamiento. Con la cara limpia y el pelo recogido de cualquier manera, parecía como si acabara de saltar de la cama. O dentro de ella.

Se quedaron mirándose el uno al otro, hasta que Cole se decidió por fin a hablar.

–Estaba dando un paseo y…

Aquella excusa absurda murió en sus labios. Nadie recorre quince kilómetros para sacar al perro, y menos cuando se tiene un parque enfrente de casa. Cole volvió a quedarse en silencio.

–Me estoy arreglando para salir –dijo Eleanor cubriéndose sin pensarlo el pecho con los brazos–. ¿Querías algo?

Eleanor trató de actuar con naturalidad mientras esperaba una respuesta. El corazón le había comenzado a latir a mil por hora en cuanto vio a Cole. Parecía sacado de la portada de una revista de modas masculina.

–Sí –contestó él tras una larga pausa–. ¿Podrías darnos agua a Sadie y a mí?

–¿Agua? –repitió Eleanor mientras le daba paso–. Claro. Entrad.

Una vez en la cocina, llenó un vaso para Cole y puso un cacharro para la perra.

–No creo que hayas conducido hasta aquí por un vaso de agua –observó Eleanor mientras él daba un sorbo de cortesía.

–No –reconoció Cole carraspeando–. He venido porque han abierto un restaurante italiano nuevo, y me preguntaba si… ¿tienes hambre?

Traicionero, el corazón de Eleanor comenzó a latir con fuerza. Pero ella no quería dejarse llevar por la adrenalina. Tendría que estar loca, una loca maleducada, para cancelar la cita con Stanley a aquellas horas. Le echó un vistazo al reloj del salón. Dios Santo. Iba a llegar en quince minutos. Necesitaría al menos ese tiempo para terminar de arreglarse el pelo.

–Tengo que darme prisa. Mi cita estará aquí enseguida.

–¿Cita?

–Sí –dijo estirando los hombros y levantando la barbilla–. Una cita.

Sonaba bien decirlo en alto.

–¿Vas a salir con un tipo que se llama Roosevelt? –preguntó

Cole.

–No, Roosevelt es el chihuahua –contestó ella sonriendo mientras se abría camino hacia el baño–. Voy a salir con el papaíto de Roosevelt.

Aquel era un momento inmejorable para marcharse. Pero Cole no quería irse.

Al regresar aquella tarde a su mansión, había tratado de buscarle sentido a la mezcla de emociones que sentía, y había alcanzado un grado de tensión de proporciones casi intolerables. Necesitaba algo que lo aliviara. Un cigarrillo. Una cerveza fría. Pensó incluso en preparar otra estrategia empresarial. Pero por primera vez, sus viejos trucos solo sirvieron para hacerlo sentirse aún peor. No sabía qué le estaba pasando, pero sí sabía lo que necesitaba para sentirse mejor.

Eleanor. Verla. Estar con ella. Abrazarla… no, mejor que lo abrazara ella. Eso era en lo que realmente pensaba cuando se montó en el coche y se dirigió hacia su casa. Había sentido sus brazos sobre él en dos ocasiones, y sabía que solo ellos podrían calmar sus heridas, limpiarlo como las aguas de un río, purificarlo.

Cole cruzó el salón y se paró en la puerta de su dormitorio. Había mucha ropa desparramada sobre la cama, entre otras cosas un conjunto de ropa interior color melocotón.

Desde la puerta abierta del baño llegaba un haz de luz y se escuchaba el sonido de unos botes de cristal golpeando suavemente contra la porcelana del lavabo, como si la persona que los manejara tuviera mucha prisa. Cole entornó ligeramente la puerta para tener una visión completa de Eleanor, que estaba de pie con su falda de seda mirándose en el espejo ante una cantidad de productos de belleza tal, que habrían hecho temblar de envidia a la mismísima Ivana Trump. Parecía indecisa.

Como una muchacha preparándose para su primera cita.

Aquel pensamiento le hizo sentir un súbito resentimiento hacia el hombre que había inspirado aquellos esfuerzos.

Sadie emitió un gemido, y Eleanor se dio la vuelta para descubrir a Cole en su habitación. Su presencia no pareció sorprenderla. De hecho, su experiencia podría servirle de ayuda.

–Se me hace tarde –dijo contemplando todos aquellos productos sobre el lavabo–. Y no tengo muy claro que…

–¿Cuál es el problema? –se interesó Cole.

Eleanor lo contempló, horrorizada al darse cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

–No sé… toda esta parafernalia –dijo tratando de disimular su

emoción–. Sue Ann me enseñó a arreglarme, pero ya no me acuerdo de nada, y esta noche quiero estar muy guapa.

–¿Es importante para ti esta cita? –preguntó él con delicadeza.

–Sí. Se llama Stanley Schwimmer. Es de Portland, pero ahora vive aquí. Trabaja como contable, y ha abierto un despacho a pocos pasos de mi clínica.

Cole digirió la información. Un contable con su propio negocio en la ciudad que Eleanor amaba. Durante un instante, pensó si sería muy difícil liquidar a un contable. ¿Sería capaz de convencer a Eleanor de que pasara la velada con él y no con Stanley? Estaba seguro de que a ella le había gustado el beso que se habían dado. Pero eso había sido antes de que él la hubiera arrojado prácticamente de su lado. Ahora tenía que tomar una decisión: Eleanor estaba muy nerviosa porque llegaba tarde a su cita.

Cole buscaba en Eleanor la plenitud que había sentido a su lado cuando no eran más que unos niños. Pero habían crecido. Ella era una mujer con sus propias metas y deseos. Quería formar una familia. Y él era un hombre que había tomado en su vida decisiones que lo convertían en una mala inversión para una mujer como ella.

–Mira esto –dijo Eleanor mostrándole un folleto en el que aparecía una mujer con una hermosa cabellera rizada–. Se supone que tengo que ser capaz de arreglarme el pelo así. Pero, ¿quién se han creído que soy? ¿Vidal Sassoon?

Cole sonrió, aunque sentía una punzada de dolor atravesándole el corazón. Todo aquello terminaría pronto. En cuanto se anunciara la compra de la fábrica de carne, se largaría. Y al menos durante algún tiempo, sería el hombre más odiado de Oakdale. Cole no tenía nada que ofrecerle a Eleanor. Ni siquiera una amistad eterna.

Toda elección que se hacía en la vida tenía un precio, y él iba a pagarlo por anteponer la venganza a cualquier otra emoción.

«Stanley», pensó Cole tratando de apartar la tristeza fuera de sí. «Más te vale que te la merezcas».

Y dando un paso adelante, le arrancó el folleto de las manos.

–¿Qué haces?

Cole le lanzó una mirada irónica mientras observaba con ternura la preocupación dibujada en aquellos ojos tan bonitos.

–Voy a ayudarte a prepararte para tu cita.

Capítulo 11

QUÉ TAL estoy?

Eleanor tenía tanta expectación reflejada en el rostro, que Cole no se atrevió a decirle toda la verdad.

Sentada frente al tocador de su dormitorio, no podía verse todavía en el espejo. Afortunadamente, porque lo cierto era que parecía un caniche. Eso sí, un caniche adorable.

Cole había sido sincero en su intento de ayudarla, pero no cabía duda de que el estilismo no era lo suyo. A la vista del resultado, estaba claro que se le había ido la mano al hacer los rizos con aquel secador de pelo. ¿Y quién podía imaginarse que unos cuantos toques de laca podían dejar el pelo tan...«crujiente»?

–¿Qué pasa? ¿Por qué sacudes la cabeza?

Eleanor trató de mirarse al espejo, pero Cole la sujetó por los hombros.

–No. Todavía no he terminado. No te preocupes. Yo siempre sacudo la cabeza cuando estoy creando.

Cole tomó el lápiz de color melocotón que Eleanor le había dicho que servía para pintar los labios y le dio unas pinceladas en la misma superficie que había rellenado antes sin reparar en gastos.

Eleanor observó aquellos ojos azules como lagos. Mientras él la había estado ayudando, se había sentido como la arcilla en manos del escultor. También se sentía algo culpable, porque su diversión no tenía nada que ver con el pobre Stanley.

–Bueno, ya puedes mirarte –dijo Cole girando la silla para que se pusiera frente al espejo.

Eleanor se quedó sin respiración mientras abría los ojos desmesuradamente con incredulidad.

Cielo Santo. En su intento por acercarse al estilo de Sue Ann, Cole le había dejado el pelo como una fregona. Y para colmo, le había echado tanta laca encima, que una leve subida de temperatura habría provocado un incendio en la habitación.

Por suerte, no le había pintado mucho los ojos. En ese aspecto estaba a salvo. Pero le había coloreado las mejillas de tal manera, que parecían dos manzanas. Y en cuanto a los labios...

Eleanor se acercó más al espejo, con la esperanza de que sus

lentes de contacto nuevas estuvieran distorsionando la imagen.

–¿Pero qué me has hecho? –preguntó gesticulando–. Parezco Mick Jagger con una inyección de colágeno. ¿Lo has hecho adrede?

–¡Claro que no! Estás muy bien...

Eleanor se pasó un toallita para los labios. En aquel instante sonó el timbre de la puerta.

–¡Es él! –dijo ella arrojando el papel a la basura–. Dime la verdad, ¿esta camisa es demasiado ajustada?

Cole observó la parte de arriba color verde esmeralda que llevaba puesta como una segunda piel. Hacía juego con las medias, y el resultado era espectacular.

–Estás estupenda –la tranquilizó él intentando colocarle un rizo que le caía sobre la frente. Pero el rizo no se movió–. Se le van a caer los calcetines al suelo en cuanto te vea, profe.

El timbre de la puerta sonó por segunda vez.

–¿Dónde están Sadie y Gus? –preguntó Eleanor, apurada mientras agarraba el bolso que estaba encima de la cama.

–La última vez que los vi iban camino del salón –contestó Cole encogiéndose de hombros–. ¿Por qué?

–Stanley está acostumbrado a los chihuahuas, no sé si le gustan los perros grandes –dijo ella aspirando el aire con fuerza–. Bueno, vamos allá.

Cole abandonó la habitación detrás de ella y se quedó en la cocina mientras Eleanor abría la puerta.

–Hola –dijo casi sin respiración mientras le daba la bienvenida a su cita.

Stanley Schwimmer era alto y distinguido. Llevaba el pelo más corto que Cole y era de complexión delgada. Usaba gafas, lo que le daba un cierto aire intelectual. Llevaba puesto un traje de chaqueta clásico color azul marino y traía en las manos un ramo de rosas rojas. Cole lo miró fijamente.

–Son para ti –dijo Stanley acercándole el ramo a Eleanor–. Pensé que irían a juego con tu color de pelo.

–Son maravillosas –replicó ella hundiendo la nariz en el ramo.

–Igual que tú –contestó Stanley con una gran sonrisa mientras se llevaba la mano al corazón–. Estás... estás... ¡guau!

Cole pensó que aquel hombre era tan diplomático como un político, y decidió que era una pésima elección como candidato a salir con Eleanor.

«Si pone la mano en cualquier otro sitio que no sea su propio pecho, lo mataré», pensó para sí mismo.

Sadie decidió que aquel era un buen momento para inspeccionar al visitante, y se lanzó sobre él con su acostumbrada falta de tacto. Sin que nadie pudiera evitarlo, colocó las patas sobre la chaqueta de Stanley. Bueno, tal vez Cole podría haberlo evitado si hubiera pronunciado la palabra «cuidado» en el momento preciso.

Pero en lugar de eso, permaneció inmóvil, tratando de no sonreír mientras su perra babeaba al pobre Stanley y Eleanor trataba de apartarla.

–Sadie, ven aquí –dijo Cole finalmente después de que Stanley hubiera demostrado con creces que no se sentía a gusto con los perros grandes–. Lo siento.

–Hola –dijo Stanley con la mano extendida, obviamente confuso al encontrar a otro hombre en el apartamento de Eleanor.

–Te presento a Cole Sullivan –dijo ella notando el estupor de su cita–. Fuimos juntos al instituto. Ha venido a arreglarme el cabello.

–Ya veo –dijo Stanley sonriendo con alivio, como si hubiera decidido que podía ser simpático con él–. ¿Trabajas en una peluquería cercana?

–Cole, ¿te importa poner las flores en agua? –interrumpió Eleanor sin darle opción a contestar–. Gracias por todo. Que pases una buena noche.

–Un momento. ¿Qué prisa hay? –replicó Cole pasándole el brazo por el hombro a Stanley mientras lo guiaba hacia el salón.

–Creo que deberíamos irnos –contestó Eleanor tirando de un confuso Stanley hacia el otro lado–. Son más de las ocho.

–Sí, lo cierto es que tenemos algo de prisa –acertó a decir Stanley–. He reservado mesa en un restaurante italiano que acaban de inaugurar.

–¡Estupendo! –exclamó Eleanor con entusiasmo mirando a Cole de reojo–. Buenas noches, Cole.

–No os preocupéis por mí –respondió él con un deje de amargura mientras colocaba las flores en una jarra con agua–. Enseguida me voy. ¡Ah! Y no os olvidéis de que mañana hay que trabajar.

Solo eran las once de la noche cuando Eleanor regresó a casa. No era muy tarde, teniendo en cuenta que habían quedado a las ocho.

Stanley la acompañó hasta la puerta.

La cena había sido deliciosa, y la conversación interesante, pero el momento más excitante de la noche había sido cuando el camarero había prendido fuego a una servilleta al flamear uno de los platos. Aquello había sido lo más cercano que Eleanor y Stanley habían estado de echar chispas.

–Gracias por todo. Ha sido una velada maravillosa –dijo Eleanor en la puerta.

–De nada –contestó él con una leve sonrisa–. ¿Puedo pasar?

Algo se había destapado en Eleanor aquella noche. Lo sentía más que nunca en aquel instante. Era una especie de seguridad en sí misma que poco tenía que ver con el peinado, la ropa o el maquillaje.

Y gracias a esa autoconfianza, estaba en condiciones de asegurar que Stanley era un hombre agradable, pero no era lo que ella quería.

Y aquella noche se había dado cuenta de algo más. No continuaba siendo virgen por culpa de las circunstancias. Simplemente, no había encontrado al hombre con el que quisiera compartir su cuerpo y su alma. Mejor dicho, había estado todo ese tiempo sin verlo.

Cuando estaba a punto de decirle a Stanley que su velada terminaba allí, en el umbral, se abrió la puerta de su casa, y Eleanor se pegó un susto terrible.

Al otro lado estaba Cole, con la expresión desencajada y el pelo revuelto, como si se hubiera estado tirando de los mechones.

Los tres se miraron fijamente durante un instante. En el fondo de su alma, Eleanor sabía que tenía que emitir algún sonido de sorpresa o protesta, algo que le indicara a su cita que Cole no vivía allí, ni dormía allí, ni pasaba allí mucho tiempo.

Pero las palabras que brotaron de su boca provocaron el efecto contrario.

–¿Dónde está Sadie?

–En la habitación, durmiendo con Gus –contestó Cole atusándose el pelo–. No quería que despertara a los vecinos con sus ladridos cuando regresaras.

–Disculpadme –interrumpió Stanley volviéndose hacia Eleanor–. Creí que habías dicho que había venido a arreglarte el pelo.

–¿Algún problema? –lo encaró Cole antes de que ella pudiera responder.

–Ninguno, solo que... son las once de la noche –dijo componiendo una sonrisa de disculpa.

–Eleanor tiene televisión por cable –contestó Cole cruzándose de brazos.

–Gracias de nuevo por la velada –dijo Eleanor tras fruncirle el ceño a Cole–. Pero se hace tarde, y mañana tengo una operación, así que buenas noches a todos.

–Muy bien. Yo también tengo que madrugar –dijo Stanley mirando de reojo a Cole–. ¿Puedo llamarte otra vez, Eleanor?

A ella la enterneció su educación. Además, se sentía culpable de que la noche terminara de aquella manera. Tal vez podrían llegar a ser amigos.

–Me encantaría –replicó ella.

Stanley le dirigió a Cole otra mirada antes de acercarse a Eleanor y depositar un suave beso en su mejilla. Luego le hizo una brusca inclinación de cabeza al otro hombre y desapareció por el pasillo.

Eleanor permaneció en el umbral unos instantes con Cole a su espalda y luego cerró la puerta.

–Sacaré a Sadie de la habitación y luego... –comenzó a decir él frotándose la cara con las manos.

–¿Quieres tomar algo? –preguntó Eleanor con naturalidad mientras se dirigía a la cocina–. Tengo un té de hierbas maravilloso.

–¿Me estás invitando a tomar un té? –preguntó él, sorprendido–. Pensé que me echarías a patadas...

–Me reservo la opción –contestó ella sonriendo mientras sacaba dos tazas del armario–. Viniste aquí por alguna razón, y supongo que te habrás quedado también por algo. Soy curiosa por naturaleza.

Eleanor comenzó a preparar el té. Si Cole quería contarle por qué había ido aquella noche a su casa, lo haría cuando él pensase que era el momento.

–Entonces, ¿lo habéis pasado bien? –preguntó él avanzando hacia la cocina.

–Sí, muy bien. Tenían unos palitos de pan con mantequilla y queso parmesano deliciosos, y una sopa minestrone exquisita, y...

–Eleanor, no me refiero a la comida...

Ella se mantuvo en silencio mientras colocaba la leche, las tazas y el azúcar sobre una bandeja y la llevaba al salón.

–¿Y a qué te refieres entonces? –preguntó mirándolo mientras tomaba asiento en el sofá.

Cole se sentó a su lado y estiró el brazo por el respaldo.

–¿Lo has pasado bien... con Stanley?

–Es un hombre encantador –contestó ella mientras se quitaba los zapatos y reclinaba la cabeza hacia atrás–. Pero no ha sido la cita de mis sueños, como supongo que sería la tuya con Sue Ann en el baile de fin de curso.

–Esa no fue tampoco la cita de mis sueños –dijo Cole recordando mientras se relajaba en el sofá–. La reputación de Sue Ann era exagerada. Aquella noche nos hicimos amigos y nada más.

Fue sorprendente lo aliviada y feliz que se sintió Eleanor con aquella respuesta.

–Recuerdo algo más de mi cita con Sue Ann –dijo Cole mirándola fijamente mientras aproximaba su rostro al suyo–. Recuerdo que te enfadaste mucho. ¿Podría ahora explicar por qué, doctora Lippert?

–De acuerdo –dijo ella colocándose un cojín en el estómago mientras suspiraba–. Lo reconozco. Estaba celosa. Yo quería ir al baile y, cuando me dijiste que ibas a llevar a Sue Ann, me enfadé un poquito.

–¿Un poquito? ¡Me lanzaste un libro a la barbilla! Eres una mujer muy peligrosa, ahora me doy cuenta de cuánto. ¿Y por qué querías ir conmigo al baile?

Eleanor se preguntó por qué se preocupaba en hacer aquella pregunta. La respuesta era obvia.

«Porque eres Cole. Porque estoy enamorada de ti desde el día en que te paraste al lado de la mesa del comedor y me preguntaste si quería darte clase», pensó.

–Tú sabías que yo estaba loca por ti en el instituto, ¿verdad? –preguntó con voz suave sin dejar de mirarlo.

Aquellas palabras atravesaron el corazón de Cole como una dulce tortura. Levantó la mano para acariciar uno de los mechones de cabello que él mismo había rizado.

Y supo entonces que para él siempre sería la profe, su dulce y entregada profesora.

–Sí, lo sabía –murmuró acariciándole la mejilla con un dedo.

Capítulo 12

BAJO el rojo intenso que Cole había pintado artesanalmente, Eleanor sintió un golpe de calor en las mejillas.

–No parecía que lo supieras, ni siquiera el último día en la biblioteca. ¿Estabas intentando ayudarme a guardar las apariencias?

–Claro que no, profe –replicó Cole mientras le pasaba el dedo por las cejas–. Si alguien tenía que guardar las apariencias, desde luego no eras tú...

–¿Quién entonces? –preguntó Eleanor, confusa–. ¿Tú? Pero si sabías lo que yo sentía por ti...

Incapaz de colocar las piezas juntas, ella lo miró fijamente aguardando una respuesta.

Cole se levantó y comenzó a caminar por la estancia.

–Tú me superabas en todo, Eleanor. No te dabas cuentas, pero así era –dijo soltando una risa amarga–. Yo no quería que fueras consciente de ello.

Eleanor se puso en pie y avanzó lentamente hasta colocarse a su lado. Lo tocó suavemente en el hombro, y Cole se dio la vuelta muy despacio, como si le costara enfrentarse a ella cara a cara. Una expresión de angustia inundaba su rostro.

–Quiero entenderte –dijo ella–. Pero no puedo. Por favor, Cole, ayúdame a entenderte.

Eleanor sintió que estaba a punto de comprender el porqué de aquellos doce años, de tanta añoranza y soledad. Nunca había podido entregarle su corazón a nadie porque ya se lo había dado a él.

–Yo guardaba los libros de texto en mi casillero de la escuela –dijo Cole–. Nunca me los llevaba a casa. ¿A que no lo sabías?

Eleanor sacudió la cabeza.

–Iba al instituto muy temprano siempre que podía y entraba los fines de semana cuando lograba escaparme del trabajo. Sacaba los libros, me los llevaba al comedor y trataba de estudiar. Me llevaba una linterna para no tener que parar cuando se hacía de noche. Si tenía que memorizar algo, arrancaba las páginas del libro y me las metía en el bolsillo antes de volver a casa, porque mi padre interpretaba mi deseo de estudiar como un rechazo a lo que él era.

Se enfadaba mucho cuando me veía con un libro. Y si hubiera dirigido su ira contra mí, no me hubiera importado, porque yo era fuerte y podría haberme defendido. Pero mi madre habría intentado interferir, y entonces…

Cole no pudo terminar la frase, pero la expresión de su cara era de amargura y rabia.

–Jack tenía razón en una cosa: es cierto que lo juzgaba –continuó–. Yo no podía soportar la idea de pasarme la vida en aquella fábrica, trabajando en un lugar donde el máximo objetivo era limpiarte las manos de sangre al final de la jornada. Vivíamos en un lugar inmundo en el que no había ni un periódico porque él no sabía leer. ¡Y pretendía que yo estuviera dispuesto a seguir sus pasos! Por eso luché con todas mis fuerzas para conseguir esa beca. Habría hecho cualquier cosa con tal de salir de Oakdale.

–Pero seguiste en contacto con tus padres cuando te marchaste. Compraste una casa para ellos.

–Jack y yo estuvimos muchos años sin hablarnos. Solo nos saludábamos cuando yo llamaba para hablar con mi madre. Ella odiaba los conflictos, no le gustaba que nos lleváramos tan mal. Por eso compré la casa, como una oferta de paz. Y también para que ella tuviera una vida más fácil –continuó Cole mirando al infinito–. Al menos eso fue lo que me dije a mí mismo en aquel instante.

Eleanor entendió lo que quería decir: si de verdad hubiera querido hacer las paces, no habría comprado una mansión que representaba todo lo que Jack Sullivan no podía conseguir por sí mismo.

–¿Y cómo se lo tomaron tus padres? –preguntó ella.

–Mi madre parecía una niña que visitaba Disneylandia por primera vez. Estaba encantada, parecía dispuesta a mudarse allí en aquel instante –dijo Cole antes de que se le endurecieran las comisuras de los labios en una sonrisa amarga–. Pero Jack le arrancó las llaves de la mano y me las arrojó, diciendo que me guardara mi sucio dinero. Como si ganarse la vida sin mancharse la ropa fuera un pecado. No me sorprendió, me esperaba cualquier cosa de él… pero lo sentí por mi madre. Traté de convencerla para que se fuera ella a vivir allí, pero nunca hacía nada que pudiera molestarlo a él.

–¿Cuándo murió tu madre?

–Al verano siguiente –respondió Cole evitando mirarla a los ojos–. Llevaba años sufriendo bronquitis crónica y problemas de corazón. Nunca tuvo los cuidados médicos que necesitaba. No me

dejó ayudarla. No quería crear más conflictos entre Jack y yo.

–Lo siento –dijo Eleanor tomándolo del brazo mientras le acariciaba los músculos en tensión.

–No lo sientas por mí, profe –contestó Cole parpadeando–. No te he contado todo. Jack no es el único malo de esta historia. Yo no soy mejor que él.

–No digas eso. Tú eres una buena persona. Nunca le harías daño a nadie intencionadamente.

Eleanor sintió el cambio que se operaba en aquel momento en Cole, aunque ya no lo estuviera tocando. Se puso tenso y, cuando habló, distinguió en sus palabras un sarcasmo que nunca había visto antes en él.

–¿Estás segura de eso?

–No soy idiota, Cole –replicó Eleanor, enfadada–. Sé que nadie es del todo bueno ni del todo malo. No puedo hablar de tu padre, pero sé que todo lo que tú querías era hacer realidad tus sueños.

–Tú no sabes nada –afirmó él sacudiendo la cabeza.

–¡Te conozco! –dijo Eleanor, desesperada, mientras lo tomaba de los brazos para obligarlo a mirarla de frente–. En el instituto, los chicos solían reírse de los resultados de mis exámenes. Y yo los dejaba, porque pensaba que cualquier protagonismo era mejor que no ser protagonista en absoluto. Fui invisible hasta que llegaste tú. Me hiciste sentir importante. Da igual si lo era o no. Lo que cuenta es que tú me hiciste sentir así.

Eleanor lo miró a los ojos sin ninguna amargura, sin reproches. Solo deseaba que él entendiera lo que quería decirle.

Durante un instante, Cole se permitió sentir algo que no fuera rencor. Contempló aquel rostro confiado y lleno de esperanza que tenía delante, un rostro que demostraba fe en el hombre que ella veía, y no el que Cole se encontraba cada mañana frente al espejo. Una punzada le atravesó el corazón.

–Eleanor –susurró Cole como en un suspiro–. Estar pendiente de ti era muy sencillo. Tú hacías que fuera fácil.

De pronto, después de tantos años, Eleanor se dio cuenta de que había estado equivocada. Equivocada con respecto a él, a ella, y a ambos. Siempre se había visto a sí misma como la parte que estaba vacía de los dos, como la persona que necesitaba el amor de Cole para ser especial. Pero a su manera, él estaba tan vacío como ella. Y no había nada que ella pudiera hacer para evitarlo. Nada excepto decir la verdad.

–Te quiero.

Eleanor había esperado doce años para pronunciar aquellas

palabras, y de pronto habían surgido como si tal cosa.

–Te quiero –repitió con una sonrisa tras comprobar que no había causado el impacto esperado–. Te quiero desde que estábamos en el instituto. Ya sé que solía quejarme de que me llamaras profe, pero lo cierto es que me daban escalofríos cuando lo hacías. Y esta es la primera y última vez que vas a escuchar esta confesión.

Cole tenía una expresión estoica. Demasiado estoica para acabar de enterarse de que alguien llevaba doce años amándolo ininterrumpidamente. Eleanor sintió que todo su cuerpo de ponía en tensión, pero decidió hacer caso omiso.

–Es curioso, ¿no? –continuó, sacudiendo la cabeza–. Te agarras a tus secretos como si fueran algo terrible o poderoso, pero en realidad no son más que la verdad. Y puesto que te vas a marchar pronto, no me gustaría pasarme el resto de mi vida sabiendo que nunca llegué a pronunciar las palabras más sinceras que había en mi interior.

Eleanor percibió que Cole estaba pensando: «basta», aunque no dijo ni una sola palabra. Parecía como si apenas respirara, pero lo delataban los músculos de la mandíbula, que estaban en tensión.

Por una vez, a Eleanor no le importó si lo que había dicho empeoraba o mejoraba las cosas entre ellos. Lo único que en aquel momento importaba era decir la verdad. Tal vez la sinceridad fuera lo único que quedara entre ellos.

–Llevo mucho tiempo engañándome a mí misma –continuó Eleanor sin tratar de disimular las lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos–. Pensaba que no había hecho el amor con nadie porque no había tenido la oportunidad, pero no era cierto. Lo que ocurría era que quería sentirme de la misma manera que me siento contigo. No podía conformarme con menos mientras aún hubiera esperanza.

Eleanor cruzó las manos sobre su regazo antes de continuar hablando.

–Ya sé que te importo –dijo desviando la vista para armarse de valor–. Incluso pienso que te sientes atraído por mí. Entonces, ¿por qué no me amas también?

Cole miró hacia otro lado cuando ella giró la cabeza para encontrarse con sus ojos. Trató de respirar con normalidad, pero le resultaba difícil. Estaba mareado. «Amor». No, Eleanor no sabía de lo que estaba hablando.

Por muchos defectos que tuviera, Cole tenía la suficiente cabeza como para mirar con perspectiva y hacer lo correcto. Miró

a Eleanor, y una punzada de dolor le atravesó el pecho. Ella dejaría de amarlo, y algún día llegaría a estarle agradecida por haber sido sincero y no aprovecharse de la situación.

O lo odiaría, pero aquello sería en cualquier caso mejor que… ¿Mejor que qué?

Sintió un nudo en la garganta. ¿Qué pasaría si él también la amara?

El mareo se le acentuó, unido a una sensación de náusea. A la velocidad del rayo, su mente lo trasladó a aquel día en la biblioteca, cuando había quedado claro que Eleanor quería ir al baile de fin de curso con él. De alguna manera, él lo había sabido. Entonces, ¿por qué no le había pedido que lo acompañara?

De pronto, Cole supo por qué nunca había querido que ella lo amara, por qué nunca había estado dispuesto a amarla él: porque no quería perder aquella mirada en los ojos de Eleanor, una mirada que decía: «eres mi héroe».

Ella estaba esperando. Cole sabía que tenía que decir algo.

Le ardía el estómago. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel fuego consumiera su miedo y todas las partes oscuras de su cuerpo. Quería hablar como ella lo había hecho, pero no podía. Que el Cielo lo ayudara. No se arriesgaría a sentir el dolor que le provocaría que ella descubriera que no tenía ni idea de cómo amar. Eleanor le había enseñado cálculo, pero eso era un paseo en comparación con la tarea de aprender a amar a alguien.

Cole tragó saliva y comenzó a hablar con voz ronca.

–Somos amigos…

No tenía ni idea de cómo acabar la frase, pero no hizo falta. En el momento en que ella escuchó la palabra «amigos», sus ojos cambiaron. La expresión que Cole leyó en ellos le heló la sangre en las venas.

–Lo sé –respondió Eleanor cuando él fue incapaz de seguir hablando.

Estaba más serena de lo que él la había visto nunca. Cole supo que había asumido que ya no quedaba nada por lo que luchar. Y dentro, muy dentro de aquella mirada de color miel, descubrió un destello de algo que lo hizo estremecerse. Descubrió su lástima.

Eleanor levantó la mano y le pasó los dedos por la mejilla antes de volver a bajar el brazo.

–¡Oh, Cole! –murmuró tratando de sonreír, pero sin conseguirlo–. Adiós.

Capítulo 13

ELEANOR completó la ronda por las perreras a primera hora de la tarde del viernes y regresó a su despacho. Habían pasado trece días desde que le había dicho adiós a Cole, ni siquiera medio mes. Y parecía una eternidad. La vida era muy distinta sin él.

Todavía la impresionaba que, en el mismo momento en que se había dado cuenta de que quería más de lo que Cole podía darle, también tuvo claro que no se conformaría con menos. Admitir que lo amaba lo había cambiado todo.

Tenía un buen trabajo por el que era reconocida. Su familia estaba bien de salud y ella era aún joven. Tenía toda la vida por delante. Entonces, ¿por qué el hecho de que Cole no la hubiera llamado o corrido a su lado para decirle que la amaba como no podría amar a nadie hacía que sintiera deseos de dejar caer la cabeza sobre el escritorio y llorar?

Eleanor se dijo a sí misma que todo era fruto del cansancio. No dormía bien últimamente. Aquella noche iba a irse a la cama pronto después de recoger algo de comida china. El dueño del restaurante estaría pensando que se había cambiado de barrio.

–Hasta el lunes, Chloe –dijo deteniéndose un instante en la recepción.

–Espera –contestó su ayudante asomando la cabeza–. Tienes visita.

El pulso de Eleanor comenzó a acelerarse. Se dirigió a toda prisa a la sala de espera, pero no había nadie, a excepción de una rubia guapísima que se puso en pie para darle un abrazo.

–Sue Ann –dijo Eleanor observando a la otra mujer con admiración, pero sin asomo de envidia–. Estás espectacular. ¿Vas a salir esta noche?

–Sí. «Vamos» a salir esta noche –dijo colocando una bolsa sobre la silla–. Vamos, cámbiate y luego te arreglaré el pelo y te maquillaré. He traído mi maletín.

Eleanor contempló con asombro el kit de maquillaje que Sue Ann balanceaba frente a ella.

–Venga, date prisa –dijo Chloe entrando en aquel momento–. Tengo muchas ganas de ver cómo te pinta.

–No entiendo –acertó a decir Eleanor–. ¿Habíamos quedado

hoy?

–No, es una sorpresa –le explicó su ayudante–. Sue Ann te llamó ayer, pero estabas ocupada. Así que estuvimos charlando, me mencionó un sitio al que quería ir y yo me apunté. Es una discoteca que acaban de abrir.

–¿Discoteca? Bueno... no es que no quiera ir, pero... tenía pensado acostarme pronto hoy. No he dormido muy bien últimamente, y...

–Llevas dos semanas lloriqueando –insistió Chloe–. Necesitas salir de marcha.

–¡No llevo dos semanas lloriqueando! –protestó Eleanor–. Si acaso... trece días... De acuerdo, iré.

–Estupendo –dijo Sue Ann colocándole la bolsa en los brazos–. Vístete y luego te peino. Lo vamos a pasar de miedo. Ya verás, el sitio te va a encantar.

Eleanor lo dudaba sinceramente. No quería bailar. Quería lloriquear.

Era imposible mirar a Sue Ann y no preguntarse si habría hablado recientemente con Cole. ¿Seguiría viviendo en la mansión? ¿Se habrían visto? ¿Habrían hablado de ella?

Cuando estuvo vestida, arreglada y sentada en el coche de Sue Ann, se sintió un tanto festiva, dispuesta incluso a pensar que podría divertirse en la discoteca. Alisó la falda de vuelo que Sue Ann le había traído para la ocasión. Era preciosa, y hacía juego con un top que marcaba con elegancia los contornos de su figura.

Si Cole la viera... Eleanor echó rápidamente el freno a sus pensamientos, y comenzó a hablar con Chloe de naderías para distraerse.

Eleanor no prestó mucha atención al camino que tomaron hasta que Sue Ann entró en una zona de edificios descuidados y paró el coche frente a uno de aspecto deprimente.

–¿Es aquí? –preguntó Eleanor tragando saliva–. Me parece un lugar muy extraño para una discoteca.

–Aquí es –contestó Sue Ann parando el motor–. En ese edificio hay luz, y coches aparcados.

Sue Ann se miró en el espejo retrovisor antes de bajarse del coche. Chloe palmoteó con alegría mientras descendía a su vez, seguida de una Eleanor con aspecto preocupado.

–No sé exactamente qué nos vamos a encontrar –se defendió Sue Ann–, pero seguro que hay hombres guapos. Eleanor, haz el favor de sonreír o no habrá servido de nada el magnífico trabajo que he hecho en tus labios.

Eleanor hizo una mueca. No quería ser una aguafiestas, era solo que... que quería estar con Cole.

Así debían ser las adicciones, pensó: desear lo que sabes que te hace daño. Y justificar la decisión que habías tomado de abstenerte con razones del tipo: «todas las relaciones son dolorosas en un sentido u otro», o: «¿y qué más da que no te quiera? Todo el mundo tiene sus limitaciones». O la mejor de todas, la reina del autoengaño: «la verdad es que nunca ha dicho que no me quisiera».

Cielos, pero era verdad. Cuando ella le había dicho adiós, Cole le había parecido desgraciado, frustrado y enfermo. Era ella quien había decidido dar por finalizada la noche, no él.

Tal vez se había rendido demasiado pronto. Había tardado doce años en confesar y se había dado por vencida en una sola noche. De acuerdo, él no había dicho que la amaba, pero las palabras no eran el único lenguaje del amor. Cole había demostrado que ella le importaba a su manera: por ejemplo, cuando la maquilló para hacerla parecer un caniche enloquecido porque estaba celoso de Stanley. Sí, celoso. Tal vez Cole no le había dicho que la quería porque a lo mejor ni siquiera lo sabía aún, pero lo había demostrado. Por supuesto que Eleanor no quería pasarse el resto de su vida tratando de convencer a alguien de que estaba enamorado de ella, pero tenía la impresión de que Cole se merecía al menos otra oportunidad para averiguarlo por sí mismo.

–¿Me dejas el coche? –le preguntó a Sue Ann conteniendo a duras penas la emoción.

Lo intentaría primero en casa de Cole y, si no estaba...

–¡Eleanor! –gritó Chloe a su espalda–. No te vas a llevar el coche.

Por supuesto que no. Contrita, Eleanor se mordió el labio inferior. ¿En qué estaba pensando? No podía dejar colgadas a Sue Ann y a Chloe. Tenía que controlarse. Pero ahora que había decidido que tenía que luchar, estaba deseando empezar cuando antes.

–Lo siento –dijo con una sonrisa de disculpa–. Tenéis razón. Llamaré a un taxi desde dentro.

E ignorando las protestas de Chloe, abrió la puerta de acero. Se escuchaba música en directo. Eleanor bajó dos escalones y se quedó muerta. A su espalda, Chloe, o tal vez Sue Ann, lanzó un grito ahogado de asombro.

En el interior de aquel almacén se estaba celebrando una fiesta.

Si el exterior del edificio era oscuro y viejo, el interior era mágico.

Una orquesta de cinco músicos tocaba sobre un escenario colocado al fondo. La gente bailaba en torno a unas mesas altas que cubrían todo el perímetro de la estancia. Decenas de globos atados con lazos inundaban el techo, y había cientos de luces, luces pequeñas y brillantes como las velas de una tarta de cumpleaños.

Eleanor miró hacia el techo boquiabierta. Sentía como si estuviera caminando dentro de un sueño. Dio un paso más dentro de la inmensa estancia. Aquello no era una discoteca cualquiera, aquello era...

El baile de fin de curso.

Impresionada, Eleanor leyó aquellas palabras escritas sobre una enorme pancarta de papel: «Bienvenidos al baile de fin de curso».

Aspiró con fuerza el aire y se dio la vuelta para preguntarle a Sue Ann qué significaba todo aquello.

–Hola, profe.

Cole estaba en el sitio en el que deberían estar Sue Ann y Chloe. Llevaba puesto un esmoquin azul oscuro con una flor en la solapa, y un ramillete en la mano. De gardenias.

–Perdí la oportunidad de darte esto hace doce años –dijo–. Me gustaría hacerlo ahora.

Eleanor se dio cuenta de que, además de en el ramillete, había pequeños arreglos de gardenias por todas las mesas.

–¿Puedo? –preguntó Cole sacando un prendedor.

Eleanor asintió en silencio, y él colocó con sumo cuidado las flores en su vestido antes de tomarla de la mano y posar un beso en el dorso.

–Eleanor Lippert, ¿me concederías el honor de ser mi pareja del baile de fin de curso? –dijo mirándola a los ojos.

Las pupilas de Eleanor se llenaron de lágrimas que no fue capaz de detener.

–¿Es eso un «sí»? –preguntó Cole guiándola hacia la pista de baile.

Inmediatamente, la orquesta comenzó a tocar una balada lenta. Las parejas que había cerca de ellos los miraron sonriendo.

–¿Has hecho tú todo esto? –preguntó Eleanor con los ojos aún brillantes.

–He tenido mucho ayuda –contestó Cole saludando con la cabeza a Sue Ann y a Chloe, que palmoteaban como colegialas al final de la pista.

–Pero… ¿por qué? –preguntó Eleanor sacudiendo la cabeza–.

Esto es maravilloso, pero… habría salido contigo sin necesidad de tanto despliegue.

–Tú te mereces el esfuerzo –susurró Cole colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ambos se movían ligeramente al son de la música. Cole le presionó la espalda con una mano firme y cálida.

–Te he echado de menos –dijo.

–Yo también –replicó Eleanor–. Nunca imaginé que dos semanas pudieran ser tan largas.

–Estoy hablando de estos doce años –especificó Cole acortando la distancia que los separaba–. Me he pasado las dos últimas semanas tratando de enmendar los errores que he estado a punto de cometer. Grandes errores. Durante estos días he querido verte, abrazarte… pero no podía permitírmelo. Al menos hasta que estuviera seguro de que podría ser el hombre que veo cuando me miro en tus ojos. He comprado la fábrica de carne.

–La compraste para venderla… –comenzó a decir Eleanor.

Cole parpadeó sin dejar de mirarla.

–Pero ya no la vas a revender –concluyó ella acertadamente.

–Así es –asintió él–. Voy a hacer todo lo posible para que se convierta en lo que siempre debió ser: una empresa que apoye a sus trabajadores y se preocupe por ellos. Tengo muchas cosas que contarte.

Cole se preguntó por dónde empezaría a explicarle a Eleanor los errores que había estado a punto de cometer. Pero la sentía tan relajada entre sus brazos, que pensó que sería mejor comunicarle primero las buenas noticias.

–La compra de la fábrica incluye una renovación de las casas de los trabajadores –le dijo con entusiasmo–. Aquí, en este edificio, vamos a construir un centro dirigido por voluntarios que proporcionará educación continua a niños y adultos. Profesores particulares. No hace falta que te diga quién inspiró esta idea.

Eleanor sonrió con satisfacción.

Tenía muchos más planes, y quería contárselos todos cuando estuvieran solos y él pudiera hundirse en aquel orgullo que ya chispeaba en sus ojos. Era una mirada que Cole pretendía ver muchas veces en los próximos años. Él pondría todo de su parte para que así fuera.

–Me estaba preguntando… –comenzó a decir entonces Cole–. ¿Te gustaría salir conmigo?

–¿Quieres decir como pareja? –preguntó Eleanor dejando de bailar.

–Exactamente –respondió él frunciendo el ceño–. He oído que te gustan los hombres con perros falderos. Tendrás que dejar esa costumbre.

–Creo que podré arreglarlo –contestó Eleanor con una sonrisa–. ¿Y qué me dices de la logística? Tú en Los Ángeles y yo aquí, en Oakdale...

–Tengo muchas cosas que hacer antes de marcharme –repuso Cole sacudiendo la cabeza–. Además, le estoy empezando a tomar gusto a mi vieja ciudad. Tengo buenos recuerdos, y tengo una chica aquí... si es que ella me quiere.

Cole la miró a los ojos con una ternura que ella no hubiera podido imaginar ni en sus mejores sueños.

–Claro que sí –aseguró Eleanor abrazándolo emocionada–. Además, todavía no has terminado de cumplir el favor que me debías. Recuerda, las clases de amor.

–Profe... susurró Cole mientras acercaba su rostro al suyo–. Vamos a repasar la lección.

Se besaron despacio y durante largo rato y, aunque el contacto no fue tan íntimo como ambos estaban deseando, dado que estaban rodeados de gente, nada en él fue casualidad. Cada milímetro de deseo viajó a través de sus labios directo al corazón del otro.

Cuando acabaron, se quedaron mirándose fijamente durante un instante, preguntándose qué hacer ahora que también sus cuerpos reflejaban la intensidad de sus emociones.

Cole la miró de tal manera, que le dijo con los ojos todo lo que ella necesitaba saber antes incluso de que pronunciara aquellas palabras.

–Te quiero, profe.

Eleanor tuvo que forzarse a sí misma a respirar.

–Vámonos –dijo Cole súbitamente.

–¿Cómo? –protestó ella sin mucha convicción–. ¿Vamos a abandonar nuestro baile de fin de curso?

–Cariño, soy solo un hombre, y el favor que te debía ha estado acumulando intereses durante doce años. Así que más vale que empecemos cuanto antes.

Cole y Eleanor le echaron un vistazo a las parejas que bailaban a su alrededor antes de volver a mirarse a los ojos. Entonces, se tomaron de la mano y atravesaron la multitud para dirigirse hacia la puerta.

Los aguardaba una noche llena de estrellas. Tenían que poner al día doce años y dos pasados. Y había además pendiente un

examen que Cole tenía toda la intención del mundo de aprobar.

Era el baile de fin de curso. La vida acababa de empezar.